Escribe Bill Emmott: En vez de insistir en hallar nuevas certezas, necesitamos aceptar que nos encontramos en una era de incertidumbre bastante radical, en la cual la habilidad de aprender y adaptarnos con rapidez a los acontecimientos no esperados es mucho más valioso que las predicciones o los preparativos demasiados específicos. Podemos distinguir algunas cosas que sabemos, o que creemos saber, de las muchas que no conocemos. Pero hasta ahí.

Papel Literario FUNDADO EN 1943 • RESISTENCIA

DOMINGO 6 DE NOVIEMBRE DE 2022

Dirección Nelson Rivera • **Producción PDF** Luis Mancipe León • **Diseño y diagramación** Víctor Hugo Rodríguez • **Correo electrónico** riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com • **Twitter** @papeliterario

ENTREVISTA >> HABLA MARGO GLANTZ

"El anónimo universo de las redes sociales es como el Dios ausente de los jansenistas"

Margo Glantz (México, 1930) es narradora, ensayista y crítica literaria, escritora ampliamente celebrada en el universo de la lengua española. Su extensa obra —ha publicado no menos de 80 títulos— ha sido reconocida con numerosísimos premios

MARGO GLANTZ / ©ALINA LÓPEZ CÁMARA

CLAUDIA CAVALLIN

Conversar con Margo Glantz nos permite detallar la fortaleza de lo que sucede actualmente, junto a la valiosa conexión con lo que anteriormente hemos sido. Sus palabras, que se mueven hoy en múltiples espacios, virtuales o reales, juegan, en el primero de ellos, con la brevedad profunda de las redes. Frases como "las mujeres des-veladas de Irán: magníficas" o "no acepto en absoluto los maniqueísmos, pero creo definitivamente que todo fundamentalismo conduce al totalitarismo", abren el pensamiento social y político de los tuiteros. De manera más profunda y valiosa, sus obras nos llevan a la reflexión sobre los aforismos, la autoficción o el barroco hispanoamericano. Recientemente, a sus 92 años, ha sido galardonada con el Premio Internacional Carlos Fuentes, uno de los más importantes de la literatura actual, que se suma a otros múltiples reconocimientos de su obra como un espacio abierto para la interpretación de lo que somos, desde el cuerpo hasta los movimientos más profundos de la mente. Partiendo de su esencia como escritora, investigadora, académica y tuitera podemos trasladarnos siempre al anverso y reverso de la escritura.

Claudia Cavallin: Usted ha escrito una serie de libros destacados y quisiera mencionar algunos de ellos. Comenzaré con *El texto encuentra un cuerpo*. Allí la dramaturgia de la perfección define al cuerpo como "un concepto anterior a la contemplación y, por ello, arquetípico, una belleza ideal y preconcebida". Me vienen a la mente obras que cuestionan el ideal de la belleza de los cuerpos, como *Disability Theory*, de Tobin Anthony Siebers o *El infarto del alma*, de Paz Errázuriz y Diamela Eltit, por lo que me atrevo a preguntarle: más allá de un calco de lo corpóreo, ¿cómo podemos realmente rebelarnos ante un estereotipo tan profundo y enraizado como la belleza de las mujeres?

Margo Glantz: Me hace usted una pregunta que exigiría una respuesta muy larga. Quizá podría referirme a una reiterada imagen característica en la pintura: la de una mujer recostada lánguidamente en una cama, desnuda, con algunas joyas o adornos en el cabello, imagen reiterativa de un erotismo idealizado: abundan los ejemplos: Tiziano, Tintoretto, Velázquez, Goya, Ingres, Manet, Renoir, etc. Quizá el estereotipo se rompe cuando vemos los desnudos femeninos de Lucien Freud, Stephen Spender o Francis Bacon, en los que muchas veces la imagen (tanto femenina como masculina) suele ser grotesca, pienso también en los desnudos de Egon Schiele cuya sensualidad podría resultar hasta obscena. O quizá en los cuadros de Picasso, donde el cubismo destruye totalmente la idealización tradicional. Reitero asimismo y como contraste la violencia que las religiones fundamentalistas ejercen sobre la mujer, ocultando celosamente su belleza, mediante la peluca en las religiosas hebreas o el hijab de las musulmanas, puesto en jaque ahora por las iraníes. El harem tradicional o las linternas rojas de los orientales. Pienso también en el hábito de las monjas y la clausura de los conventos con sus enrejados, sus celosías, y también en algo de lo que me he enterado recientemente: las virreinas del Nuevo Mundo no podían ser vistas por lo que las encerraban en suntuosas jaulas con su séquito, totalmente vedadas para el público. Es decir que a la vez que se idealiza, se niega, se prohíbe, se oculta la belleza, sobre todo en lo que respecta a lo femenino.

C.C.: Dada esa valiosa capacidad de reforzar un diálogo intertextual entre sus lecturas y lo que somos, me mudo ahora a *Por breve herida*, donde aparecen revelaciones del cuerpo que nos llevan a una escritura del retorno a ciertas sesiones que conectan al cuerpo con la mente. También aparece el arte, como una mirada simbólica unida a lo que Francis Bacon y Georges Bataille definen como "el erotismo de un acto total, el instante supremo de la verdad". Esa coincidencia simbólica de un momento, similar al del placer o de la muerte. ¿Puede ser interpretada también como un acto necesario de rebeldía y libertad que las mujeres, a través del éxtasis y el placer, podrían recuperar?

M.G.: No lo sé, en verdad. Yo exploro fragmentos corporales, tratando de entender los mecanismos seculares que han sojuzgado a la mujer, pero no creo que sea tan simple, quizá intento entender otro tipo de mecanismos más universales, aunque no podría precisarlo exactamente: son obsesiones que traslado a la escritura, reflexiones sobre el cuerpo, las diferencias y coincidencias de los cuerpos. En *Por breve herida* quise explorar el papel preponderante que tienen la boca y los dientes, conectándolos con la impaciencia de la espera y la necesidad de la lectura. Exploré también algo que me ha impactado desde hace poco tiempo cuando descubrí la relación entre la fascia, ese tejido que ha siempre existido y al que apenas se le ha prestado atención hasta muy recientemente, y la fascia, ese tejido corporal, y asociarlo con la fascia romana, emblema y símbolo del fascismo: la relación entre la cosmética y el fascismo. Me impacta mucho saber que una escritura como la de Annie Ernaux, tan rica e interesante, contraste con sus posiciones políticas que la conectan con un maniqueísmo que se acerca a lo totalitario, y me hace apreciar mucho más a Herta Müller cuya literatura coincide totalmente con su ideología.

C.C.: Saliendo de ese tejido corporal, quisiera pasar a la existencia espiritual, al símbolo de la fe. Cuando pensamos en la figura de Sor Juana por sí misma, detallada en su obra *Sor Juan Inés de la Cruz ¿Hagiografía o autobiografía?*, volvemos "a la estricta vigilancia sobre ese hilo que hilvana su vida y la define". Utilizando esta valiosa metáfora de la trama y la urdimbre, ¿cree usted que existe ahora un tejido con la suavidad dúctil de los hilos, pero con la fortaleza de las rejas del encierro que, simbólicamente, podría ser la forma más reciente y poderosa del dominio que se instaura ante las mujeres de hoy en día?

M.G.: Las imágenes textiles son muy frecuentes y reiterativas, y en las mujeres acudir al hilado, a la costura, al bordado, a la cocina, es una forma recurrente de encarcelarlas, de ponerlas en un sitio que se quiere inamovible, pero también de revalorar esas labores femeninas que durante tanto tiempo fueron menospreciadas o simplemente tomadas como una actividad natural, normal, característica (*matter-of-fact*) de lo femenino, sin concederle la menor importancia. En uno de mis escritos, un prólogo a un coloquio que organicé hace muchos años sobre esa domesticidad femenina, Coatlicue, la diosa azteca, tan terrible y despedazada, barría todas las mañanas: la imagen de una diosa que barre como parte de sus actividades cotidianas me parece fascinante, le quita solemnidad a lo divino, y lo hace asequible a lo humano y a lo simplemente femenino. Lo natural y lo divino que coexisten como el hilo que define la trama vital de una Sor Juana.

C.C.: Partiendo de esa valiosa imagen de Sor Juana, me traslado ahora a la idea de que "la hagiografía organiza un discurso en el que la individualidad desaparece". Como usted señala ¿cree que los verdaderos discursos hagiográficos, escritos, predicados, leídos y luego impresos con el acto cortesano de halagar a un superior, o de edificar a los creyentes, ha sido restaurado ante una nueva escritura no religiosa, de idolatría y culto a quienes escriben en las redes?

M.G.: La hagiografía uniformiza a las aspirantes a la santidad por más que imaginaran o inventaran formas diversas de tortura para singularizarse. Sor Juana no las necesita, es una monja devota, cumple con sus deberes como religiosa, pero va mucho más allá, es sobre todo *ella*, no se limita a exhibirse, ayunando o flagelándose o haciendo acciones extremas de humildad y caridad, aunque lo hiciera, sobre todo al final de su vida. Lo que la singulariza es su inteligencia, su genio, su consistencia, su sabiduría, su gran dominio de la palabra, su conocimiento de la poesía de su tiempo, de la tradición poética y teológica, de la historia y sobre todo haber sabido aceptar sin ambages que era poeta, "azotada como Ovidio".

C.C.: La pregunta anterior se basa en que usted representa, para muchos de nosotros, la poderosa fuente de las palabras breves que nos animan a leer el mundo a través de Twitter. Allí, como usted ha destacado en otras entrevistas, esta escritura "favorece al fragmento, como pequeñas piedras que juntas dan una identidad distinta a cada una hasta formar un todo". Partiendo de ese "todo" móvil que se construye y reconstruye en el espacio infinito de @Margo_Glantz, ¿cómo cree que ha cambiado la visión del mundo actual a través de las redes?

(Continúa en la página 2)

Esta edición PDF del Papel Literario se produce con el apoyo de **Banesco**

“El anónimo universo de las redes sociales es como el Dios ausente de los jansenistas”

(viene de la página 1)

M.G.: A mí me ha cambiado la forma de escribir y de leer, sobre todo las noticias, ahora apenas leo los periódicos, mi lectura se fragmenta como mi narrativa. Las redes sociales me informan, me construyen y destruyen, han organizado mi vida de manera diferente, me hacen vacilar y desconocer las jerarquías, me incitan a no pensar, a perder el sentido de la realidad. ¿Qué es la realidad? Supongo que de alguna manera esto les sucede a muchas otras personas. A mí me asombra cómo gran cantidad de usuarios confunden las redes con un psicoanalista activo, cuentan sus penas, sus logros, sus odios, sus amores, sus fracasos, sus temores ante el anónimo universo de las redes sociales que se comportan como el Dios ausente de los jansenistas: se oraba, se intentaba alcanzar a la divinidad, pero la divinidad era muda, cada quien la interpretaba a su conveniencia o a su detrimento. La divinidad ahora es mucho más plebeya. El fenómeno del selfie fotográfico, o del selfie tuitero o feisbuquero, una instantánea para perdurar en la nada, creyendo que se permanece, que hay algo duradero, importante, pero que se desvanece ante la rapidez incesante de las cosas que suceden y desaparecen casi sin dejar huella. Sin embargo, a mí me siguen interesando las redes sociales, especialmente el tuiter, por la información que me llega desde muy distintos ámbitos y por una a menudo interesante experimentación literaria con el fragmento.

C.C.: Mudándonos ahora al tema de *Saña*, su obra dedicada a Mario Bellatin, podemos observar que aparecen pequeños textos que nos trasladan a las historias aisladas, divididas e unidas por las bisagras entre cada uno de los títulos. Sé que ha dicho que es uno de los libros que más le gustan. Volviendo a la idea de la fragmentación, ¿cómo define la necesidad de escribir sobre este mundo contemporáneo y del ahora a través de los tiempos antiguos? Como lectores, ¿podemos integrar ese todo coherente entre los tiempos y los relatos en nuestra nueva visión de la historia?

M.G.: Me interesaba analizar, entender, revisar el concepto mismo de lo que la palabra saña significa, el encarnizamiento para lograr algo valioso o para lograr algo simplemente, además la violencia, el odio, el rencor, la crueldad con que se vive y se ha vivido, por eso visito a ciertos autores que me interesan por su arte, pero también por su vida y ver cómo han logrado organizarse o destruirse, por ejemplo Rimbaud, ejemplo claro de una autodestrucción al cancelar totalmente su condición de poeta. Por otra parte, quise recorrer algunos momentos de las vidas de Stanley Spencer, Domenico Scarlatti o Francis Bacon que se construyen como artistas contra viento y marea. Trabajo la invalidez, la desolación, la crueldad, los fascismos con sus campos de concentración y crematorios, las religiones que determinan las conductas y pretenden regularlas de manera absoluta, y aquí volveré a utilizar el ejemplo más actual y contundente: el velo obligatorio de las musulmanas, que mal portado puede conducir a la muerte, o para poner otro ejemplo: cómo aún a mediados del siglo XX, en Francia, practicar el aborto podía llevar a la guillotina.

C.C: Para finalizar, vuelvo de nuevo a su red de Twitter, y a sus publicaciones más recientes, donde comparte todos los días las referencias a la memoria de aquellos que fueron deportados, maltratados, desaparecidos, torturados, a través de páginas como *Holocaust Education*, *Majdanek Memorial* o *Auschwitz Memorial*. ¿Qué vendrá a partir de esta reconstrucción de los recuerdos en las redes virtuales? ¿Cree usted que sus seguidores y lectores lograrán asumir, de manera más directa, el dolor humano que se asume a través de la memoria, y que aparece constantemente en sus redes?

M.G.: Me parece curioso, significativo y contradictorio. Al tiempo que abundan las ¿aplicaciones? para no olvidar, para tener presente la memoria histórica y aprender de ella, para denunciar las miserias y tragedias de los totalitarismos, del fascismo, de la Segunda Guerra Mundial, de los campos de exterminio y los crematorios, de los movimientos de resistencia, las redes favorecen el olvido, aunque a veces intensifican los recuerdos, pero la cantidad de noticias que se suceden rápidamente disuelven las intenciones y cauterizan la memoria, por eso se insiste diariamente y quizá por ello mismo sirva de algo, aunque a veces lo dudo, y sin embargo persisto en seguirlos y reiterarlos porque repetir lo mismo, en medio de la variabilidad constante de las noticias, quizá ayude.

MARGO GLANTZ / ERNA PFEIFFER – CREATIVE COMMONS

Textos de Margo Glantz

MARGO GLANTZ

Pertenecen a su libro *Saña* (editorial Eterna Cadencia, Argentina, 2010). Del libro existen ediciones en varios países: Perú, México y España. La de Eterna Cadencia fue corregida y aumentada.

Cosa curiosa

De jovencito, Bacon vivió en Chantilly, cerca de París, haciendo malabarismos para poder vivir con las tres libras semanales que su madre le enviaba desde Inglaterra.

Solía visitar el cercano museo de Condé donde se exhibía un cuadro famoso, *La masacre de los inocentes* de Nicolás Poussin. A Bacon le impresionó especialmente la figura de una mujer con la boca abierta en mudo alarido, una inquietante imagen de la violencia: probablemente, le confesó a Michael Peppiatt, su biógrafo y amigo, el mejor grito humano de la historia de la pintura.

Efemérides

A Glenn Gould le dieron mareos, le falló la coordinación, sufrió una laberintitis, en 1975. Coinciden estos síntomas con la muerte de su madre. Mozart compuso su sonata difícil cuando tenía diecinueve años en París, año en que también muere su madre. La otra sonata que escribe, pasados ya los treinta años de edad, es conocida como la sonata fácil.

¿Por qué será fácil, porque la escribió para enseñarles a tocar a sus alumnos aristócratas pero poco talentosos? ¿O es fácil porque nos atrae la limpidez cristalina de las notas?

Haydn compuso su concierto de piano N° 9 en sol mayor –concierto de probable atribución– para una pianista ciega, llamada María Theresia Paradi: Salieri y más tarde Mozart le dedicaron también varias composiciones.

Uno de los pianistas que a mí más me gustan es Glenn Gould y no porque toque bien –aunque lo hacía– sino porque cuando toca tose.

Estudio de mercancía

Rimbaud es insaciable. Su sed de conocimientos es variada e inagotable. La pone al servicio del libre comercio con los indígenas: telas de algodón: tejido macizo y grosero, rayado longitudinalmente de rojo o azul, de cinco centímetros de ancho, separadas las líneas entre sí cada veinte centímetros... pompones de lana roja, túnicas de algodón para las mujeres, descritas según el sistema de la moda del lugar; lógicamente, junto a las telas vienen las pieles: las de los tigres, leopardos y leones; encarga a París trampas de acero para lobos que atraparán quizá a los leopardos.

Mitologías

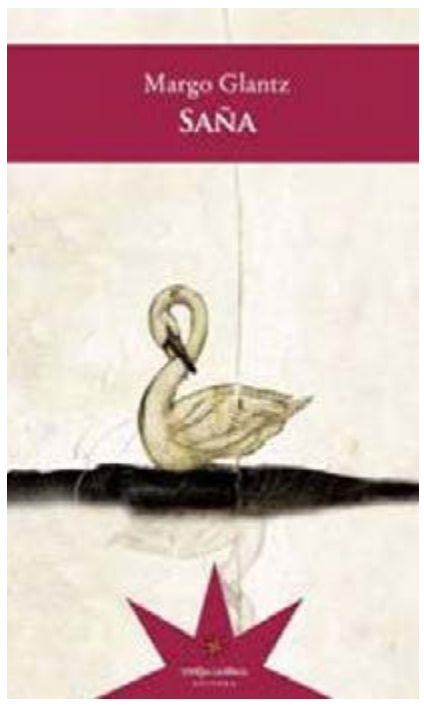
Es falso que Jennifer Aniston esté embarazada, en cambio la australiana Nicole Kidman tuvo por fin un hijo, a los cuarenta. El problema de los embarazos de las artistas es primordial, Jenn no tiene hijos ni suerte en el amor y Angelina Jolie, estupenda, cuenta en su haber varios embarazos y varias adopciones.

Se divorció Madonna: la aplauden sus amigas.

Una mujer se suicidó (o fue asesinada) por el asedio a que su marido y su cuñada la sometieron por no haber pagado el monto total de su dote en un barrio de Nueva Delhi, en la India.

Disneylandia

Hitler y Stalin prohibieron difundir la imagen de Mickey Mouse en sus respectivos imperios.



Desfiguros

Las criaturas de cuatro patas que vuelan son impuras, dice el Levítico.

Las criaturas que poseen dos manos y dos patas que se desplazan como cuadrúpedos son impuras: el cocodrilo, el camaleón, cierto tipo de reptiles, el topo...

Los seres humanos con defectos, los jorobados, los mutilados, los tullidos, los tuertos son también impuros.

La lengua del camaleón es tan larga como su cuerpo.

Es en los estados de transición donde reside el peligro, por la simple razón de que toda transición entre un estado y otro es indefinible. Los híbridos y otras confusiones entran en el orden de la abominación.

En 1793 nació en Tourcoing, Francia, una niña con un solo ojo en medio de la frente. Por lo demás era normal. Murió a la edad de quince años.

Mañas

Me intrigan y fascinan las escenas de caza mayor en las pinturas de Artemisia Gentileschi: la violencia es doméstica:

Judit asesina a Holofernes, en una mano lleva la espada, hace un gesto imperioso con la otra: detiene a la sirvienta: los rostros iluminados por la luz de una vela, colocada en la parte inferior del cuadro, como en los del Caravaggio.

Con intensidad laboriosa –la de un carnicero que destaza bueyes–, Judit cercena la enorme cabeza de Holofernes.

Le toca ahora a Yael, empuña un martillo, introduce un clavo en la sien derecha de Sisara; su fiel sirvienta espera a que la labor termine para recoger los despojos, en perfecta, inquietante y dócil complicidad.

LECTURA >> EL MÁS RECIENTE LIBRO DE ENRIQUE KRAUZE

Spinoza quiere decirnos algo

Spinoza en el Parque México (Tusquets Editores, España, 2022), es el más reciente libro de Enrique Krauze (México, 1947), biografía intelectual de "insospechadas novedades" y "verdaderas revelaciones", a partir de sus conversaciones con José María Lasalle

IBSEN MARTÍNEZ

ENRIQUE KRAUZE / ©GLADYS SERRANO

No hará diez años, aunque hoy me parezca algo ocurrido en otra era geológica, me propuse una vida a caballo entre Caracas y Bogotá.

A solo una hora y cuarenta de vuelo, en ocasiones mucho menos tiempo, con aficiones y amigos en ambas ciudades y sin querer sustraerme a los encantos de ninguna de las dos querencias, en breve me hice a un vaivén "bicapitalino", pensando que podría sostenerlo perpetuamente. No lo dudaba porque si algo soy es caraqueño, y Bogotá, por otra parte, prendió en mí ya en los años 90 del siglo pasado.

Sucesivas catástrofes descompusieron aquel ingenuo burladero de la tiranía madurista. No todas fueron políticas; en la vida privada también ocurren *flash floods* y avalanchas de lodo. Lo cierto es que muy pronto las idas y venidas debieron suspenderse de golpe: una noche me fui a la cama expatriado voluntario en Bogotá; por la mañana ya era un exilado.

Imparto ahora noticia del lugar donde escribo esta nota: la hermosa casa que fue del pintor bogotano Ricardo Gómez Campuzano donde hoy funciona una sala de lectura de la Biblioteca "Luis Ángel Arango", en el norte de la ciudad.

Es una casona familiar de dos plantas convertida en funcional biblioteca. Aunque céntrica, la atmósfera de la casa y su pequeño jardín es la de un retiro suburbano que atrae a estudiosos de todas las edades.

Me vi forzado a dejar en Caracas una modesta biblioteca personal. A cambio, gané acceso ciudadano a una de las mejores de Hispanoamérica y no dejaré nunca de agradecer mi bienaventuranza.

Valgan lo que valieren, en adelante archivaré mis columnas en un fichero llamado "Calle 80, #8-66". Espero con esa devoción asegurar la benéfica influencia que, en el curso de varios días, ha obrado en mi ánimo leer aquí un libro singular. Llamémoslo, con Frazer, "magia empática"; soy latinoamericano y creo en esas vainas.

El libro se llama *Spinoza en el parque México* y su autor es el historiador Enrique Krauze, genuino *mensch* mexicano, el spinozista de la avenida Ámsterdam.

Yo había olvidado el júbilo que entraña adentrarse en un libro que desde sus primeras páginas te imbuye de insospechadas novedades, verdaderas revelaciones y te invita, por otro lado, a subrayar todo lo que la lectura corrobora: intuiciones que guardabas "sin creer ni dejar de creer" en ellas, sin atreverte a compartirlas siquiera.

¡Ah!, y anotar en pegatinas *post it* las lecturas que, justo ahora, adentrándome en la séptima década, me quedan por hacer y que haré. ¿De qué va *Spinoza en el parque México*?

Va de la biografía intelectual de Enrique Krauze, que ayer nomás cumplió los 75, así que llega usted muy a tiempo porque el partido aún no termina y le quedan muchos *innings* por lanzar. Ford Madox Ford sostiene que una buena biografía debería poder leerse como una buena novela: absortamente, asintiendo a todas las sorpresas que entrega el tiempo, ese "fuego en el que ardemos" de que habla el poeta Delmore Schwartz.

El parque México, segunda mitad del siglo pasado, exterior, día: Saúl Krauze, el abuelo de Enrique, predica entre sus amigos "el evangelio según Spinoza". Enrique evoca lo más numinoso de las conversaciones con su abuelo y con ello pone en marcha un libro que adopta la forma de una conversación transcontinental, comenzada mucho antes de la pandemia, con su amigo español José María Lassalle.

La semblanza de Saúl, la crónica de sus orígenes polacos, el relato de su militancia en el Bund (partido de los judíos secularizados rusos, también de los polacos), de su llegada a México en tiempos de Plutarco Elias Calles, su desencanto ante los crímenes de Stalin y su humanista fervor de toda una vida por Baruch Spinoza, su solitaria independencia intelectual y su ética de la razón y la tolerancia, dejan ver cuán vasta es la erudición de Krauze en la infinitud de las tradiciones judías, y, dentro de ellas, la de "los judíos no judíos", como los mentó Isaac Deutscher.

En algún momento de una conversación de 700 páginas, Lassalle pregunta si no se propuso Krauze alguna vez un libro sobre ellos, a la manera de *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez Pelayo. La prefiguración, en voz alta, de un tal libro, es el fuste de *Spinoza en el parque México,* lo que hace de él una radiante historia de la idea de libertad cuyos protagonistas son, entre otros, Heine, Kafka, Scholem, Walter Benjamin, Arendt, Berlin.

Sobre Spinoza, el misterioso y el más admirable de los heterodoxos, lo ignoraba yo todo hace tres semanas, salvo lo poco leído años atrás sobre la "geometría de las pasiones" en un servicial breviario escrito por Sir Roger Scruton. Recordaba también, sí, un desayuno spinoziano, *more geometrico,* con Jorge Luis Borges, que Krauze recogió en su libro *Travesía liberal.*

Las pegatinas de que hablaba más arriba orientarán desde ahora, lo sé, mi bitácora de lecturas spinozianas en la calle 80. Entre tanto, traigo aquí lo que el historiador, recordando a su abuelo, expresa tocante a Spinoza:

"Fincado en la razón, y solo en ella, serenamente se apartó de la ortodoxia, de la tribu, de la identidad exclusiva y excluyente, y divinizando la naturaleza colonizó él solo (por así decirlo) el territorio de la razón libre y tolerante. Me gusta imaginar a mi abuelo, muy joven, sentado en la biblioteca pública de Varsovia que frecuentaba, leyendo la *Ética*, sintiéndose uno con la naturaleza, dueño de su razón, liberado de pasiones y fanatismos. […] Me gusta pensar que don Saúl escogió al héroe correcto".

Vivimos hoy en todo el mundo el ascenso de las tiranías, las de bárbara derecha y las de la izquierda identitaria y *wokista.* Cada día resulta más tortuoso pensar la libertad.

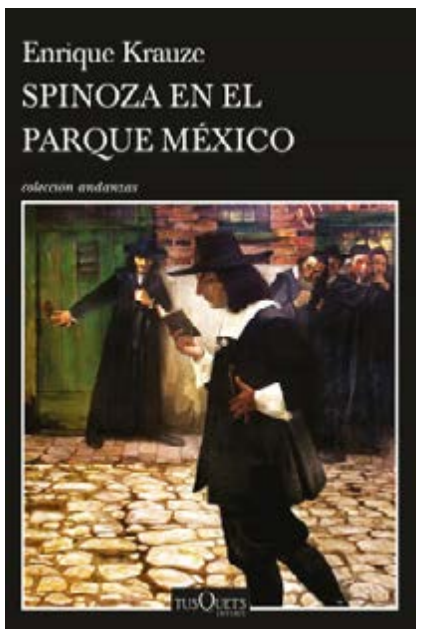
Seguiré a don Saúl: lo pide la época.

*Artículo publicado originalmente en *El País América*, edición del 18 de octubre de 2022.

Spinoza en el Parque México. Fragmento

"Lo increíble de Kafka, dice Benjamin, es que haya accedido a esta intuición del mundo moderno únicamente a través de la mística y no de la experiencia. Benjamin no cree que Kafka haya tenido visión de largo alcance ni don profético. Todo, según él, brotó de su foco místico"

ENRIQUE KRAUZE



¿Qué idea tenía Walter Benjamín de la obra de Kafka?

Una idea *more geométrica.* Explica que la obra de Kafka es una elipse con dos focos muy apartados: uno es la mística judía y otro es la vida de la ciudad moderna. El primer foco proviene, en esencia, de la interpretación de Scholem. El estudio de la ley es la puerta a la justicia, pero ya no existe templo y los estudiosos han perdido las Escrituras. ¡Qué imagen! En *El proceso*, cuando Josef K. visita un domingo el salón de sesiones en el que se le juzga, la mujer que se le presenta le da acceso a los libros de los estantes, pero al abrir el primero Josef K. ve solo un grabado indecente, un hombre y una mujer sentados desnudos en un sofá. Josef K. no siguió hojeándolo, pero abrió un segundo volumen, una novela titulada *Los tormentos que tuvo que sufrir*. Es como si la biblioteca jurídica tuviera el solo cometido de señalarle su culpa. Por eso en un momento, cuando todavía tiene fuerzas, dice que sus juzgadores deberían ahorrarse toda mediación y presentarse como lo que son, verdugos.

En otras palabras, la ley prostituida.

En una lectura judía, eso es terrible. Kafka no veía en Moisés a un líder sino a un juez, un juez severo. Ahora imagínate a Moisés sin las tablas de la ley en las que afinca su severa justicia. Ahora imagínate la desaparición los numerosos tomos derivados de la Torá (la ley escrita llamada *Halajá*, la "enseñanza del camino"), que en vez de sus rígidos preceptos solo contiene páginas sin sentido, sucias y sádicas. Ahora imagínate además los bellos relatos literarios de la llamada *Hagadá* (que cuentan e interpretan con parábolas morales el pasado bíblico), también olvidados. Esa es la teología negativa de Kafka. Desde ese foco sin ley de la elipse, el abogado Kafka escribe su Hagadá personal, en la que, como dice Benjamín, no hay nada que aprender, no hay mensaje o sabiduría, no hay moraleja ni psicología. Hay parábolas que se prestan a muchas interpretaciones o aforismos sobre el sentido último de la vida visto desde ese lugar.

¿En qué consiste el otro foco de la elipse?

Se refería al ciudadano del Estado moderno, presa de un gigantesco aparato burocrático, gobernado por instancias superiores, desconocidas no solo para los que padecen sus órdenes, sino para los que las ejecutan. Pero habla también del hombre contemporáneo en términos de la ciencia. Y Benjamín lo describe glosando el texto de un físico contemporáneo que podría haber sido escrito por Kafka. El científico está en un cuarto y pondera su situación. No puede traspasar el umbral. Todo conspira contra él: el peso de la atmósfera, la velocidad del giro de la Tierra, la inclinación del planeta. No puede moverse.

Se parece al personaje de "Ante la ley".

Es el mismo, ante las leyes del universo. Lo increíble de Kafka, dice Benjamin, es que haya accedido a esta intuición del mundo moderno únicamente a través de la mística y no de la experiencia. Benjamin no cree que Kafka haya tenido visión de largo alcance ni don profético. Todo, según él, brotó de su foco místico. Aquí Benjamin se estaba retratando a sí mismo. Benjamín nunca tuvo experiencia revolucionaria ni vio a un proletario ni presenció la violencia, pero extraía su obra de su molde místico. En cambio Kafka tuvo una verdadera experiencia de trabajo como alto ejecutivo en las dos compañías de seguros en las que trabajó diligentemente. Fueron cerca de quince años, día tras día, mañana y tarde (salvo la comida y la siesta). Conocía los procesos, los jueces, las sentencias absurdas. El mundo jurídico era su mundo: los funcionarios de todos niveles, el enjambre de oficinistas, las salas y antesalas, los trámites, las puertas que llevan a otras puertas, las esperas interminables, las apelaciones, demandas, respuestas, los papeles y oficios, las firmas y antefirmas. Escribió meticulosos reportes sobre accidentes de trabajo. Conocía el monstruo porque vivía dentro de él. Decía que los burócratas y los verdugos eran iguales porque convierten a los seres humanos en códigos numéricos inertes. Y no se apiadaba de su propia profesión: decía que un abogado no podía apartarse del mal. Sobre su formación hay un dato importante: no solo conocía la burocracia, sino la teoría sociológica de la burocracia y buenos fundamentos de finanzas y economía que le transmitió su director de tesis, que fue Alfred Weber, hermano de Max Weber.

Creo que las interpretaciones sobre Kafka que se refieren al "foco" mundano de la elipse dan por sentado que vivió su trabajo como un suplicio.

Quizá, pero asumido con lucidez y paciencia. Toda la infinitesimal atención que ponía para observarse a sí mismo (como revelan sus *Diarios*) la empleaba también en observar los escenarios del trabajo: fábricas, minas, oficinas, juzgados, salas, antesalas. El trabajo lo liberaba de los sueños opresivos, pero también los alimentaba. De ese trabajo extrajo muchas historias, personajes y situaciones, gestos y actitudes. En ese tema, es útil el libro *Conversaciones con Kafka*, de Gustav Janouch. Este joven aprendiz de poeta era el hijo de un funcionario de la misma compañía de seguros donde trabajaba Kafka desde 1908, la Arbeiter-Unfall-Versicherungs-Anstalt. (Antes había trabajado por un año en Assicu-razioni Generali). El señor Janouch tenía un nivel tan alto como Kafka y le presentó a su hijo en 1920. Kafka y Gustav se hicieron amigos: Janouch quería ser escritor, Kafka condescendía a orientarlo.

*Fragmento de *Spinoza en el Parque México*. Enrique Krauze. Tusquets Editores. España, 2022.

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Alejandro Sebastiani Verlezza

Alejandro Sebastiani Verlezza: poeta con incursiones en las artes visuales, profesor en la Escuela de Letras de la UCV. Autor de los siguientes libros: *Posdatas, Derivas, Canción de la encrucijada, Partir y Los hilos subterráneos*. Se desempeña en la asesoría editorial, el periodismo cultural y la traducción

ALEJANDRO SEBASTIANI / ©CARLOS GERMÁN ROJAS

NELSON RIVERA

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectado, amenazado de algún modo?

Sí, muchas veces. Pero la vida, la que no sale en las noticias, muy a su manera, sigue avanzando. Y esta es mi primera comprensión. Por eso suelo dosificar el consumo de informaciones. Aparecen y se infiltran en el universo personal, familiar, social. Es una máquina imparable. De pronto estamos en un sitio, "no está pasando nada", alguien ve una noticia y puede cambiar cualquier rumbo, para bien o no. Potencialmente ocurren eventos en todo el mundo y ahora tenemos la posibilidad de "asistir" a esa multiplicidad. O permanecer al margen del movimiento. O, mejor aún, encontrar una zona prudencial, intermedia. Es una dinámica para observar con detenimiento. Hay que aprender a discernir en medio del maremágnum, para proteger a la psique y mantener la alegría de vivir.

Al panorama mencionado, Nelson, debemos agregar el debilitamiento de la capa de ozono, los glaciales derritiéndose, la censura, el abuso de autoridad en las más diversas escalas, la minería, la trata y la prostitución infantil, las violaciones de los derechos de las mujeres (y de los derechos humanos en general), el racismo, la xenofobia y el sectarismo en todas sus expresiones, la contaminación en los mares, las quebradas, los ríos (ahí está el Guaire), los escándalos del Vaticano, el desgaste evidente en la actual política de partidos, la violencia exacerbada en la televisión y el cine.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

Están las dos caras de la situación. Entiendo que se conformen redes para hacer denuncias, sobre todo cuando la justicia no responde a tiempo, pues suele estar tomada por otros intereses. Suele ocurrir que las pasiones se desatan y aparecen los impulsos expiatorios. Se trata en muchos casos de una inquisición. Sus formas pueden ser brutales. O a través de una "corrección política": con su fría máscara borra a lo humano a través del abuso y la coacción.

Esa "política" puede ocurrir también en los ámbitos más discretos, los laborales, los profesionales y los afectivos. Estos movimientos hay que captarlos bien para mantener la integridad y moverse con prudencia.

En todo caso el malestar ciudadano es evidente. Cuando no llegan las respuestas desde las instituciones, estamos ante el desborde. Es un patrón.

Las sucesivas "olas de rabia" –muchas justificadas– podrían contenerse, pero debe ocurrir un cambio de actitud. Habría que avanzar hacia una democracia de consensos, negociaciones permanentes. Un equilibrismo. Esto vale para el sistema de partidos, la sociedad en general. ¿Deberían las instituciones sociales y políticas, los medios de comunicación, transformarse? Deberían. De lo contrario será muy dura la convivencia. Las mismas "olas de rabia" son la gasolina para precipitar muchos cambios.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Avances los hay, sin duda, en la tecnología aplicada a la salud. Pero su acceso dependerá muchas veces del lugar que ocupemos en la "pirámide social". En las comunicaciones se han agilizado procesos que antes podían tardar horas: hacer transferencias, publicar opiniones, denuncias, localizar medicamentos, direcciones, boletos aéreos, ofertas laborales. Las posibilidades son muy amplias. Las personas que conocen la vida previa a Internet pueden sentir la diferencia, tal vez, con mayor nitidez.

Siento que la contradicción debe integrarse con mayor naturalidad en la vida: cada fenómeno tiene su contrario. En un mismo país coexisten el lujo y la menesterosidad.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

Sí. El rasgo de esta transición está en la irrupción de lo impredecible. A cada rato asalta la vida cotidiana. La pandemia y el cambio climático forman parte del asunto. Al mismo tiempo se hace evidente un conservadurismo, bastante mal llevado, incluso en las llamadas filas progresistas. Cierto es que hay una mayor consciencia de las reivindicaciones y la certeza de que muchas circunstancias pueden resolverse estableciendo *redes*. Mira lo que ocurre a la hora de reunir fondos para atender las emergencias de tantas personas. Este es uno de los aspectos benéficos de la revolución digital. El otro tiene que ver con la instalación de un tribunal inquisitorio flotante: avanza en masa y se retira. De nuevo: avancemos con prudencia.

Hay un telón de fondo: tiene que ver con la configuración de Occidente. Ya no se puede concebir como el resultado de la fusión entre Atenas, Jerusalén y la Ilustración. Ahora se hace más evidente aún la incursión de culturas que hace décadas veíamos "lejos", pero siempre han estado ahí: basta observar el ajedrez ruso y chino en Europa y el patio local, las tensiones con el islam, las olas migratorias provenientes de África, las situaciones en la frontera con Colombia, los dramas del Darién. Y pare de contar.

El mundo está en constante mutación, a ratos luce como una película de retazos desquiciados. Es el menú que trae el comienzo del siglo. ¿La salida? Una revalorización del presente más inmediato, la vida menuda, la de todos los días, la que más vale, la irrepetible; aún en medio de las incomodidades, disfrutar de los detalles más sencillos y en apariencia modestos, apreciar los momentos del día con mayor serenidad, el hecho de respirar, estirarse, lavarse la cara, alimentarse, conversar con los vecinos, saludar al vigilante, a las personas más cercanas, asistir corporalmente a los momentos del día. Hay todo un ritmo allí, palpitando, sin demasiadas ambiciones, lo cual no implica renunciar a las mejores oportunidades que la vida ponga en el camino.

Siento que hay muchas personas buscando un cambio de enfoque: tantean, indagan, se hacen preguntas sobre cómo llevar una vida mejor, lo cual lleva a redefinir las prioridades: qué es lo más importante, qué no. Es un comienzo.

Presiento que la vida de mis antepasados tenía sus complejidades, sus intensidades atávicas, pero a la vez estaba dotada de una simplicidad muy neta y un sentido práctico de la vida en la tierra que sería importante recrear, apegado a sus ritos cotidianos, sin demasiados afanes cosmopolitas, ni las vidas de revista que media humanidad anhela y trata de emular.

> **"La pandemia –y sus repercusiones materiales– han desarmado absolutamente todas mis expectativas"**

Si tuviera que gustar la vida por este rasero atávico –el de un sentido común acendrado en la tierra– debería estar conforme con el camino andado. Pero son otros los tiempos, requieren la consideración de nuevas soluciones: la transición podría ser, más bien, un reinicio, una vuelta a lo más primario de la vida, pero incorporando las herramientas brindadas por la tecnología y algo más. Para considerarlo con detenimiento.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia, pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

No siempre el conocimiento del pasado logra impedir los descalabros actuales. A veces siento que la historia se repite, pero con diferentes personajes y variaciones en los guiones. Una parte del futuro lo han trazado la historia y la ciencia ficción. La otra parte debemos avistarla en las sorpresas del presente. Estamos ante las puertas de algo verdaderamente inconmensurable. Una ruptura, honda, transversal. No sabría cómo nombrarla, ni cuál es su rostro. Pero la huelo.

En los mitos de los griegos encontramos que los dioses olímpicos –Zeus a la cabeza– exilian a los titanes en el Tártaro. El asunto está en que van a buscar salir. De hecho, como lo vemos hoy, lo hacen. Me gusta, a veces, observar los eventos de la historia y encontrar sus equivalentes en el mundo antiguo: Homero y Dante se vuelven contemporáneos. Basta oír.

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Es la cuestión más escurridiza: hay muchas líneas de futuro, todas misteriosas. Sí, me he planteado muchas preguntas sobre mi futuro. Es un horizonte que siempre me ha seducido. La pandemia –y sus repercusiones materiales– han desarmado absolutamente todas mis expectativas, así que estoy empezando de nuevo. Cada día encuentro respuestas distintas, según las circunstancias voy variando la ruta. Siempre me termino diciendo: *el futuro está aquí, ahora, ya llegó*. Y mientras te respondo se va moviendo hacia el pasado. Es lo más lejos que he llegado hasta ahora. Si en mis manos estuviera definir las condiciones, no lo dudaría: pasar una temporada fuera del país, pero siempre con la posibilidad de volver, de ir y venir.

Sobre el futuro, en general, podemos apreciar una paradoja: mientras llega la posibilidad de hacer viajes espaciales, los problemas de la tierra –ambientales, sociales, económicos– siguen sin ser solucionados. Hay varios inminentes: el agua potable, los alimentos.

Sí inquieta palpar cómo el futuro de la colectividad y el personal se entrelazan, como en una cinta de Moebius.

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Parte del impulso humano oscila entre mostrarse y ocultarse: coexisten ambas posibilidades. En la dinámica actual es prácticamente imprescindible salir a las redes a enseñar lo que hacemos. Los motivos pueden ser profesionales. Y así entramos en una red de intercambios. El otro lado de esta situación demuestra la existencia de un impulso exagerado de autoafirmación. Aquí aparece el narcisismo y sus peligros compulsivos. A la par de ciudadanos con expresiones muy valiosas y persistentes, todo hay que decirlo, en la atmósfera digital aparecen personajes irritados, intolerantes, tomados por la incontinencia verbal. Viven haciendo "declaraciones", gestos bruscos, ruidosos, pero muchas veces carecen de profundidad. Intuyo que este modelaje proviene de la clase política: ha calado hondo. En esa dinámica la democracia vive una desintegración y el proceso comienza muy puntualmente con la decadencia del sistema educativo venezolano: los profesores, en todos los niveles, desprovistos de sus derechos, sin las condiciones para llevar adelante su trabajo, ni hablar de sus vidas. Esa es la realidad.

En una, dos décadas, ¿cuál será la educación que recibirán los venezolanos del futuro? Insisto: las nuevas generaciones, ¿qué tipo de formación recibirán? Es importante propiciar la formación de ciudadanos autónomos, independientes, capaces de tomar elecciones, riesgos; comenzar una franca transformación en la educación del país para lograr la visión de un futuro más sustentable, democrático, próspero. Para esto hay que hacer un cambio verdadero, sin el gatopardismo usual.

¿Qué formación tendrán los dirigentes en las próximas décadas? Habría que impulsar una educación que integre todo lo que nos han enseñado a ver separado –la poesía, la ciencia, las emociones, el cuerpo, los ciclos de la naturaleza y la historia– para formar ciudadanos capaces de impulsar cambios. ¿Qué forma tendrán estos estudios? Deberán crearse nuevos proyectos educativos y recrear los existentes, muy anquilosados ya.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Me ocupa aprender a permanecer cerca de mí mismo, conocerme más a mí mismo, para estar en el presente cada vez mejor. Pasa por aquí toda mirada al mundo que pueda ofrecer. Por esta vía, cada día, trato de incorporar algún nuevo aprendizaje a mi experiencia.

Me interesa aprender lenguas y herramientas para incursionar con mayor solvencia en el mundo laboral actual. Me preparo constantemente para nuevas y mejores experiencias profesionales. Busco una aplicación cada vez más práctica de los conocimientos que he ido adquiriendo desde que comencé mi itinerario formativo, hace más de dos décadas ya, pues dentro de los movimientos que estamos describiendo las profesiones, los oficios y las formas de obtener el sustento también están mutando.

Hay muchos aprendizajes que me interesa incorporar: finanzas, mecánica automotriz, herrería, plomería, cine, música, artes marciales.

También quiero adquirir nuevas herramientas tecnológicas para concretar proyectos personales que están a punto de caramelo. Es cosa de tiempo. Pero esencialmente es lo que decía antes: integrar lo que en apariencia parece "separado".

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

En todas las culturas germinan maestros, siempre unidos por interminables filamentos, no siempre perceptibles. Es como la cadena del ADN. Desde Pitágoras, Heráclito, Parménides y Lao Tse, la cadena es enorme: maestro es Hermes guiando a Odiseo (y soplando al oído el verso para completar el poema), Vigilio conduciendo a Dante a través del Infierno, la Sibila mostrándole el camino a Eneas.

En el plano más personal: va mi gratitud para Santos López, excelente poeta y maestro, por ofrecer con mucha generosidad la palabra y la salida justa en las circunstancias más crudas de los últimos años.

Una palabra *in memoriam* para mi hermano, Armando Rojas Guardia: por su sólida amistad y por su entusiasmo –hace más de una década ya– con mi trabajo.

Y otra palabra, con cariño, para María Fernanda Palacios: a la par de su obra literaria, ha hecho un trabajo docente –cívico– apasionado, perdurable. EN

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla: Álvaro Mata

Álvaro Mata es licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela, diplomado en Estudios Liberales por la Fundación Valle de San Francisco y estudios en la Maestría de Literatura Venezolana (UCV). Profesor del Departamento de Literaturas Occidentales de la Escuela de Letras de la UCV y del diplomado de Artes Visuales Venezolanas de la Universidad Metropolitana. Corrector y editor de libros, así como autor de artículos enfocados en literatura y artes visuales. Actualmente conduce el programa *Un minuto con las artes. La academia en tu radio*, transmitido por Radio Capital 710AM

ÁLVARO MATA / CORTESÍA

N. R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se **ha sentido afectado, amenazado de algún modo?**

La pandemia vino a arrostrarnos nuestra indefensión física y anímica, conminó al ser humano a aislarse para protegerse, y lo obligó a vivir con una nueva amenaza mutante. En consecuencia, sobrevino una crisis económica, que apenas comenzó a ser controlada se vio profundizada por una nueva debacle ocasionada por la guerra de turno. Hoy Ucrania ocupa el mayor despliegue en los titulares de prensa, pero los conflictos bélicos nunca cesan. A propósito, valdría la pena echar un vistazo a lo que sucede en Medio Oriente o en África.

Estos hechos son la punta visible de una descomposición aún mayor que se viene anunciando desde hace tiempo, y que nos es familiar a los venezolanos. Los momentos convulsos que hemos vivido en las últimas décadas nos han preparado para este *nuevo* escenario mundial, que a mí me huele a *déjà vu*, a historia repetida. Y es este un escenario que asumo sin dramatismos ni ánimo apocalíptico, más bien con la naturalidad del mundo que me tocó vivir. Otro no hay, y otra vida tampoco, y eso me basta para atemperar la sensación de amenaza o de perturbación que, por supuesto, asalta cada tanto.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

Ciertamente se puede sentir esa rabia que refieres en el ambiente, por ejemplo, en la pulsión reivindicativa en boga. Pero no tengo las herramientas para hablar de esta eclosión de daimones que permanecían a raya. No obstante, me gustaría señalar algo que me causa mucha curiosidad, más que la violencia exacerbada, y es cómo junto a ella tiene lugar un relajamiento de las formas a todo nivel: en el hablar, en la argumentación, en el vestir... Este relajamiento lo podemos notar en el lenguaje en palabras que se han puesto de moda, como "relax", "relajado" o "light", que denotan una actitud generacional ante la vida. Entonces, si la contraparte de la jauría vengadora es esta blandenguería, esta indolencia, no puede haber equilibrio posible en la balanza y el panorama no pinta halagüeño. Además, cada día son más raros valores tan humanos como la empatía, el perdón o la posibilidad de redención. La figura de Raskólnikov no significa nada hoy en día.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

El avance tecnológico y el incremento de las riquezas en el mundo no siempre van de la mano de la tan cacareada mejora para el ser humano. Al contrario: en nuestra loca carrera tecnológica –que, entre otras cosas, desmonta la noción de Dios con experimentos de laboratorio–, estamos perdiendo los fundamentos que nos constituyen y que nos hacían sentir parte de una tradición, la humana. Por eso nos sentimos solos y a eso responde el extendido malestar que mencionas.

Somos testigos de la entronización de la banalidad y el cambio radical de referentes en apariencia inamovibles. El lenguaje fue víctima, una vez más, de la perversión de los manipuladores y ya no dice. La nadería nos circunda no es medible con estadísticas. El espíritu de los tiempos y la estulticia en el ambiente difícilmente se pueden cuantificar en números. Corresponde este trabajo a los artistas, a los hombres de letras, a los pensadores y a la cada vez más extraña estirpe de los humanistas. Aunque sus voces se diluyan en la balumba de las redes sociales y las veleidades de moda, debemos aguzar el oído para no ser seducidos, otra vez, por los cantos de las sirenas, que tampoco son nuevos, sino que venimos escuchando desde los tiempos de Ulises.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

Ciertos elementos nos hacen pensar que estamos en un mundo en transición. Pero me pregunto ¿una transición hacia dónde o hacia qué? Lo visible es que hemos entrado en el mundo de lo políticamente correcto, en el que la crítica está mal vista porque ensombrece el "perfil" que a fuerza de filtros difuminadores de la realidad se ha logrado crear desde las redes sociales.

La ola de reivindicaciones y la palabra inclusión están a la orden del día, y su bandera contra la intolerancia encubre otra, no pocas veces más exacerbada, fanática. Para muestra, episodios tan absurdos como el veto a *Lo que el viento se llevó*, o a la imagen de la entrañable Aunt Jemima (sin ella, las panquecas ya no saben igual). ¿Cambió, acaso, el pasado este retoque de última hora?

Nos escandalizamos por una crisis climática gracias a las campañas publicitarias que se hacen en torno al problema, pero ignoramos que no es la primera vez que esto sucede en el planeta, pues es parte de sus ciclos.

Ante esto, el cambio más notorio que percibo es en el hombre mismo, pues el planeta sigue su curso; pocas cosas más indiferentes al ser humano que la naturaleza. Quizá por eso últimamente recuerdo con frecuencia los conocidos versos de T.S. Eliot, escritos hace casi un siglo: "Somos los hombres huecos / somos los hombres rellenos / apoyados uno en otro / la cabeza llena de paja". Siento muy poca sustancia y mucha paja en esta alharaca 2.0 en la que estamos inmersos.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

Estos últimos meses los he dedicado a una lectura consecuente de la historia de Venezuela, a través de sus historiadores o relatores más insignes y de las obras literarias más sólidas. Y compruebo, con poca sorpresa, lo que intuía: si bien nuestra historia es emocionante, se hace bastante monótona por las reiteradas veces que cometemos los mismos errores. Por esto, aunque, en efecto, estamos frente a un futuro en muchos aspectos inédito, en el fondo se siguen repitiendo los episodios de siempre, pero con diferente ropaje. Por solo mencionar un ejemplo bastante ruidoso: lo que está detrás de la nueva conquista espacial, aparte de una tecnología avasallante, es la atávica megalomanía y locura propia de conquistadores como Alejandro Magno, Hernán Cortés o Napoleón Bonaparte.

Así las cosas, claro que es posible hallar en la historia pistas para este presente-futuro en apariencia inédito. Es cuestión de hilar fino y no dejarnos avasallar por tanto brillo de pantalla y tanta inteligencia artificial. De esta forma comprenderemos por qué Sísifo aún repite el mismo gesto a diario.

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Aunque la inquietud por el futuro es inherente a todo ser humano, no es algo que me preocupe sobremanera. Al permanecer en Venezuela, me hice consciente de los peligros de guardar esperanzas y por eso las deseché –"*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*", nos recuerda el Dante–. Porque al vivir en función de una esperanza, se (des)vive el ahora a la espera de un futuro totalmente incierto. Por eso, *des*esperanzado, sin expectativas grandilocuentes en relación a lo que vendrá, el *carpe diem* cobra protagonismo y me da el temple necesario para seguir con esta corrida –a ratos bufa– hasta el final.

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Efectivamente, hay una pulsión casi pornográfica de mostrarse a cada rato y a como dé lugar: con todos los filtros posibles y de la manera más impoluta, o con una "naturalidad" chabacana y vulgar. La sensación de nada y vacío se potencia y, por vía negativa, un Yo se agiganta aún más al tener proyección planetaria vía redes sociales. Y público hay, porque todo vende en ese mundo encandilante de la pantalla, que tiene mucho de locura solar.

Pero tanto como el exhibicionismo, me inquieta la pérdida de la intimidad. Es cuanto menos paradójico que estando más solo que nunca –por eso su afán de mostrarse–, el ser humano no sepa profundizar en su interioridad, avenirse con ella. Huye del encuentro consigo, le aterra *verse* en ese espejo. Entiende la soledad como una casa pobre, precaria, que hay que abandonar de inmediato, ignorante de que "la soledad es el palacio más fantástico", según Elisa Lerner.

En cuanto a si esta situación constituye un peligro para el orden democrático, no lo sé. Pero, en todo caso, sí sé que en la base de la democracia se encuentra uno de sus grandes atributos, y es la capacidad de reconocer los propios errores y enmendarlos.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Cada día es un regalo para llenarlo de conocimiento a través del estudio de los temas que me apasionan: literatura, arte, historia, mitología, antropología, música, cine… Pero si hay algo que últimamente me inquieta mucho y sobre lo que me gustaría aprender es sobre la muerte, quizá para darle un sentido más profundo a lo que hacemos en este plano, ¿no? El tiempo pasa y se me diluye entre las manos el significado del colofón de la vida. Confieso que me aterra llegar a la fatídica partida de ajedrez sin haberme adiestrado lo suficiente para un juego que, a sabiendas, no ganaré, pero en el que me va la vida dar una pelea digna.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un **maestro al que quisiera expresar su reconocimiento. ¿Por qué?**

En mi formación hay dos figuras centrales: María Fernanda Palacios y Miguel von Dangel. Con mi maestra María Fernanda me inicié en el mundo de la palabra escrita y de las artes en general, y con ella aprendí que la docencia se debe –y se tiene– que ejercer con pasión y rigor, dándole cabida a las propias intuiciones. El de la Palacios es un mundo que bebe de la poesía, el teatro, el cante jondo, la tauromaquia y otros ámbitos hoy de baja, cuando no en extinción. Además, su piedra de toque contra la falsedad ha sido un ejemplo fundamental para estar ojo avizor ante los oropeles de nuestros tiempos.

Con Miguel von Dangel, mi recordado amigo y maestro, compartí una fe rabiosa por el arte, así como la preocupación por nuestra sociedad y también los vericuetos interminables de la dialéctica para intentar *hacer* sentido en medio del caos cotidiano. Aprendí a contraponer el arte a la cansina reiteración de titulares de periódico, y aprendí que todo venezolano tiene que dar lo mejor de sí, desde cada uno de nuestros ámbitos, por este pedazo de tierra que llamamos nuestra, la cual anhelamos cristalice alguna vez como un sólido país.

FRAGMENTOS DEL DIARIO (1979-1980) / MIGUEL VON DANGEL

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Azalia Licón

Azalia Licón (1986) es fotógrafa, artista visual, licenciada en Administración y docente de fotografía. Ha hecho estudios de posgrado en Gestión y Políticas Culturales, y Museología, ambos en la UCV. Ha obtenido premios como artista y como fotógrafa, en Venezuela, México y Estados Unidos. Ha participado en numerosas exposiciones colectivas. Su trabajo ha sido incorporado en las colecciones de la Fundación Victims of Communism y el Museo Victims of Communism Memorial Foundation

AZALIA LICÓN / ©VASCO SZINETAR

N.R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectada, amenazada de algún modo?

Percibo que estamos sumergidos en medio de una amenaza a esa supuesta paz global que el mundo tiene desde finales de la II Guerra Mundial, esto generado por diversos conflictos en paralelo, algunos de estos que se mantienen desde hace décadas o que han surgido recientemente, sobre todo en el hemisferio occidental. Al estar nuestros países interconectados a tantos niveles en la actualidad, siento que podemos sufrir duramente los embates de un conflicto a escala global, sobre todo porque la economía de Venezuela en la actualidad depende casi exclusivamente de lo que producen otros países.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

La historia de la humanidad ha demostrado constantemente que la violencia trae más violencia, y que además la naturaleza humana es propensa a generar conflictos cíclicamente, sobre todo después de largos períodos de seguridad; así que dudo que, en algún punto de nuestra historia, el castigo, la ira y la violencia se transformen en una fuerza de cambio no destructivo. Lo que debemos analizar es por qué están (re)surgiendo pequeños grupos sociales que enaltecen sistemas políticos como el fascismo y lo inútiles que están siendo en la práctica, instituciones como la ONU, para preservar la paz y seguridad a nivel global.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Creo que uno de los grandes problemas que enfrentamos los seres humanos en la actualidad es el ego, un ego tan grande que nos impide comprender nuestra propia naturaleza, y por ende nuestro presente… Y sí, puede que en el mundo de hoy las cosas estén mejor que hace 40 años, pero también se siente que está en ebullición, lo que efectivamente a simple vista puede verse como contradictorio, pero es que las contradicciones también forman parte de nuestra naturaleza y como lo afirma Alonso Baquer en *¿A qué denominamos guerra?* (2001): la seguridad cuando se prolonga aburre, y por eso los conflictos, tanto a niveles personales, como a niveles de grupos sociales, son cíclicos.

Así que esta aparente seguridad, es la que puede terminar siendo la base para los grandes conflictos, que en parte ya estamos viviendo. Un caso digno para monitorear y posteriormente estudiar a profundidad, es lo que está pasando actualmente con el genocidio ruso sobre Ucrania, y cómo ese conflicto aparentemente bilateral, puede llevar a una crisis energética a Europa, una región con una aparente estabilidad política, que se derrumba en el momento en el que un individuo de forma unilateral decide invadir a un país vecino por conflictos centenarios... volvemos a parte de la naturaleza humana: la violencia manifestada en la guerra.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

Sí, efectivamente estamos viviendo en un mundo que se está transformado a una velocidad tan vertiginosa, que me atrevo a afirmar que la mayoría no se está dando cuenta de los cambios profundos que se están dando.

Yo trabajo principalmente con imágenes fotográficas digitales y estoy presenciando el cambio a través del uso que se le está dando a los algoritmos y a la inteligencia artificial, para la creación de imágenes digitales de cualquier índole. En otras palabras, una página web o una aplicación en teléfono puede tener la capacidad de crear una imagen con parámetros tan específicos como: un conejo y un morrocoy caminan sobre la superficie de la luna con trajes espaciales, y la imagen resultante puede ser tan real, como si se hubiera fotografiado *in situ*.

¿Me preocupa que estos avances tecnológicos me dejen sin trabajo? Realmente no. Tengo es una insaciable curiosidad de cómo utilizar estas herramientas para mis procesos creativos, siento que se abre un camino de infinitas posibilidades para todo tipo de creadores.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia, pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

Soy fiel creyente de que debemos conocer nuestro pasado para comprender las complejidades de nuestro presente y evitar repetir los mismos errores, y a partir del análisis del porqué se cometieron determinados errores, corregir y que ello pueda ayudarnos a romper los ciclos, para poder avanzar a un futuro mejor que el de nuestros antepasados. Aunque hoy en día, viendo el estado del mundo, me pregunto si quizás esto no es un pensamiento ingenuo, idealista y que la naturaleza del ser humano siempre será un impedimento para tener un mundo pleno de paz y prosperidad.

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Sobre el futuro tengo años preguntándome: ¿estará Venezuela en el futuro?, ¿se dirige el mundo occidental a un colapso económico, social y/o político? Son muchas las preguntas que apuntan a querer saber cómo será el mundo después de esta transformación que estamos viviendo, sobre todo a nivel geopolítico.

Y a nivel personal, la dinámica económica en Venezuela no me permite plantearme preguntas sobre mi futuro, por más que lo intente, no es un pensamiento fatalista, es mi realidad; es una de las grandes tragedias de este sistema político.

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Sin duda me inquieta porque veo que ese exhibicionismo exacerbado se ha transformado en un monstruo de mil cabezas que llega a abrumar, donde además se genera un espacio idóneo para que la banalidad y la mediocridad ganen terreno y, por ende, algunos límites empiezan a desdoblarse y hasta a borrarse, en detrimento de los valores de las sociedades democráticas.

Recientemente se publicó en las redes sociales, una sesión fotográfica que le hizo la legendaria Annie Leibovitz a Olena Zelenska, primera dama de Ucrania, con la intención evidente de mantener visible la invasión de Rusia a Ucrania, sobre todo de este lado del lado occidental; sin embargo, la plataforma es una revista de moda y evidentemente las fotografías fueron creadas con la estética característica de este tipo de contenidos, y si bien entiendo y defiendo la necesidad de visibilizar y la política de "no olvidar", ¿era necesario incluir el retrato de una Zelenska con expresión y gestualidad (melo)dramática con medio puño cerrado sobre el pecho, rodeada de mujeres militares en uniforme de combate con el avión más grande del mundo destruido en el fondo?, ¿existe un límite entre documentar el horror del conflicto y que una facción de las víctimas use el espacio de ese conflicto para una puesta en escena de este estilo?, ¿se logra con este retrato una resignificación simbólica dentro del espacio del conflicto o es una puesta en escena que se aprovecha de cómo ha sido la proyección internacional del presidente Zelensky desde que inició la invasión, para exhibir la visión femenina desde el gobierno de Ucrania? Como profesional que estudia y trabaja la imagen fotográfica, y sobre todo como mujer feminista, todo esto me sigue dando vueltas en la cabeza, a pesar de haber leído los comentarios a favor por parte de ucranianos, pero estos niveles de exhibicionismo me generan dudas y me hacen cuestionar muchas cosas sobre los tiempos que vivimos, sobre todo en las redes sociales.

> **"La vida me ha dado algunos maestros (...) en este camino de la fotografía pienso en Nelson Garrido"**

Y tomando como referencia otro producto cultural reciente, creo que la película *Don't look up* de Adam McKay (2021) logra representar esa proliferación narcisista de la actualidad y los peligros que la misma implica, en algunos ámbitos claves de nuestra cotidianidad; si no fuera porque todo el elenco está conformado por estrellas de Hollywood, creería que es un documental de estos tiempos que vivimos.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Me encantaría seguir aprendiendo sobre la imagen, con especial énfasis en lo cultural y también sobre algoritmos e inteligencia artificial para la creación de proyectos conceptuales que aborden temas sociales y culturales de mi interés. Además, me gustaría estudiar filosofía a nivel de maestría, lo poco que he abordado sobre este campo del conocimiento (desde lo fotográfico) ha llamado mi atención y me ha hecho entender que realmente sé muy poco (un pensamiento un poco socrático) y que sería feliz si la vida me sigue dando el regalo de tener el tiempo suficiente para cultivar el conocimiento desde todas las vertientes posibles.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

La vida me ha dado algunos maestros, empezando por mis padres; pero sin duda, en este camino de la fotografía pienso en Nelson Garrido, quien, a través de su infinito don de impartir sus conocimientos y experiencias, me ayudó a encontrar en la fotografía ese lenguaje expresivo que tanto necesitaba para manifestar en imágenes fotográficas mi particular forma de ver y comprender al mundo, de acercarme a mi identidad, de hacer catarsis y es algo que le voy a agradecer toda mi existencia.

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Carlos Katan

Carlos Katan es poeta, editor y licenciado en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela. Su libro *Formas de la aridez* resultó ganador del III Concurso de Poesía Lugar Común-Embajada de Italia en Venezuela (2018) y fue publicado en el 2020 por la editorial Alliteration (Estados Unidos). En el 2021 publicó en España, *El libro de las máquinas* (Editorial Ultramarina C&D)

CARLOS KATAN / CORTESÍA DEL AUTOR

N.R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectado, amenazado de algún modo?

Pienso en la última entrevista que dio Passolini antes de morir. En ella decía una frase que, a mi parecer, resume la situación en la que hoy nos encontramos. "Todos estamos en peligro". Personalmente podría pensar que el efecto de la guerra se siente en nuestro modo de vida en los niveles más básicos, inflación, encarecimiento de las materias prima, aumento del precio de los hidrocarburos, escasez de alimentos, aumento del transporte público. Mientras que el recrudecimiento del discurso belicista va haciendo cada vez más mella dentro de la sociedad y las clases políticas, enfatizando la lógica "amigo / enemigo", y dirigiendo la sociedad a posturas cada vez más reaccionarias y peligrosas.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

La política del castigo lo único que produce es el desgaste del tejido social. Si bien la violencia no debería estar vetada de la política, porque en determinadas situaciones representa un motor de cambio, el afán de castigo a diferencia de la violencia no es capaz de reestructurar y construir, sino más bien es una fuerza puramente destructiva, no es capaz de redistribuir justicia, ni riqueza, es pura aniquilación.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

No sé hasta qué punto la idea de que hoy nos encontramos mejor que hace unas décadas es completamente cierta. Parceladamente podríamos decir que sí, los avances tecnológicos y su inclusión en todos los aspectos de la vida, nos suponen una gran mejora en términos de bienestar y resolución de problemas concretos. Ahora, si tenemos que poner la balanza frente a los retrocesos sociales ante los cuales nos encontramos, como que la diferencia entre ricos y pobres es cada día más abismal, lo cual se puede traducir en mayores niveles de explotación, mayor precariedad laboral, menor acceso a la salud, la educación, la imparable privatización de lo público, la irreversibilidad del daño que le hemos causado al medio ambiente, la polarización de los discursos políticos, y un tristemente largo etc., esta idea de "mejora" es bastante cuestionable. Aun así, y lo alentador de nuestra época es que hoy contamos con las herramientas para solventar todos estos problemas y lograr tanto una redistribución más justa de riqueza, como generar espacios cada día más justos y comunes.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

No confío en los "periodos transicionales", pero aun así creo que en la oscuridad de nuestra época hay un ánimo de cambio, aunque bastante subrepticio de momento.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia, pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

Sin duda, poder comprender la historia nos hace más capaces de interpretar nuestro presente. Todo acontecimiento es histórico, y como tal debemos poder entendernos a nosotros mismos dentro de las continuidades o discotinuidades temporales que nos presenta la historia como hecho constitutivo de nuestra condición humana. Además, poder comprender la historia, no solo nos sirve para buscar respuestas, sino también para permitirnos formular las preguntas correctas que amerita nuestro presente.

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Cuál es el devenir de la política en los próximos 10 años, y si podremos sobrevivir al cambio climático

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Pienso en Bukele y su afán por mostrarse en redes sociales, en Chávez y sus interminables cadenas y programas de tv que giraban en torno a sí mismo, en Trump y su modo tan inestable y narcisista de dirigir EEUU. En efecto el narcisismo en un peligro para el orden democrático, puesto que impide el reconocimiento del otro.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Creo que para todo lo que quisiera aprender necesitaría por lo menos dos vidas más y aun así me quedaría corto. Pero de momento me quedo tranquilo leyendo a Wittgenstein, tanto intelectual como espiritualmente me mantiene despierto.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

Pienso en muchas personas, y en cómo han tenido un papel fundamental en mi vida, en mi formación, no solo académica o intelectual, sino humana, en el sentido más hondo de lo humano. Quisiera aprovechar para recordar a quien hoy no está, y sería Armando Rojas Guardia, de quien no solo aprendí sobre poesía, sino que su cercanía representó una verdadera experiencia espiritual.

Poemas de Carlos Katan

I
¿Resolana,
con qué claridad pudimos llamarte
noche?

Ciegos
de tanto ver la casa
en sueños

Corrimos las ventanas,
perseguimos rastros,
jugamos al encanto
y la mudez

Un día
solo se fue la luz,
luego
ya no pudimos
reconocernos

II
La desmesura
se prolonga
gris

Allí
donde la pelota
rebotó corta,
diez pasos
eran suficientes
para el juego

Hoy la memoria
ensancha la intimidad
del pasillo
de mi infancia

Todo recuerdo
es bruma

III
Fuimos la sed,
el hastío,
un aire que supo llamarse noche

No soy yo
donde te encuentro,
ni la tarde en que nombramos
nuestra ausencia

Soy estas manos vacías,
soy el ansia,
y un calor a las tres de la tarde
que llamamos ternura

IV
Pero el sol
se derrama
de esta vieja
casa

Como si fuesen mías
todas
las horas

V
De aquella casa
conservamos
los signos,
el estupor de madrugada,
y un sabor a ceniza
impregnado en la boca

Las paredes
aún mantienen
la humedad
de lo que fuimos

VI
Vivir entre las cuerdas,
renunciar al tumulto

Cruzar los hilos
es quedarse en casa

Se anuncia
una diáspora
de aquellas
a las que solo
sobrevive la memoria

Pisar tierra es quebrarse

VII
Con octubre llega la muerte,
pájaro nocturno
de liviano alcornoque

En mi casa
se muere de pie,
se tienden las sábanas para no ser
[descorteses,
se apaga la luz,
el último cierra la puerta

¿Qué será
de mi partida?

VIII
Pensamos que
al llegar
traeríamos noticias
de un nuevo continente

Pero al entrar
solo encontramos
la casa
vacía

---

*Los poemas aquí seleccionados pertenecen a "La desmesura", primera sección del libro *Las formas de la aridez* (edición bilingüe español e italiano; traducida al italiano por Silvio Mignano; Alliteratïon Publishing, Estados Unidos, 2020).

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Carlos Egaña

Carlos Egaña (Caracas, 1995) acaba de graduarse de la maestría en Escritura Creativa en Español de NYU. También ha sido profesor de Estudios de Género y Narrativa Norteamericana Contemporánea en la UCAB. Tiene tres libros impresos: una novela, *Reggaetón*, y dos poemarios, *Hacer daño y Los Palos Grandes*

CARLOS EGAÑA / ©SATOCHI TSUCHIYAMA

N.R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectado, amenazado de algún modo?

Absolutamente sí. Sobre todo porque estos contextos, así como muchos otros similares, concluyen en movimientos migratorios masivos. En diásporas, como la que formo parte. Lamentablemente varias personas prefieren verse en la pantalla de sus celulares que ver hacia afuera de sus ventanas. La xenofobia no juega carritos, déjame decirte. Muy poco después de mudarme a los Estados Unidos, nos escupieron a mí y a otros latinoamericanos el mismo *get out of my country* que se escuchó antes del tiroteo en Olathe, Kansas en 2017. ¡Y esto fue en Nueva York, no en una ciudad particularmente conservadora!

Con esta anécdota a la mano, me desviaré de la pregunta. Quisiera compartir un pensamiento: creo que en cierta medida, casi todos los ciudadanos del mundo somos pseudo-ciudadanos de los Estados Unidos. Década tras década, desde cualquier rincón del globo, hemos consumido su música, sus películas, sus videojuegos, sus marcas. Los valores que se implican en la cultura pop norteamericana los compartimos los venezolanos, los libaneses, los surcoreanos, los suecos, los marroquíes y así sucesivamente –solo que también cargamos con una serie extra de valores, los que responden a nuestras raíces. Y vale, no seamos ingenuos, que esos mercados nacidos y concentrados en los Estados Unidos tengan tanta presencia en nuestros países no es casual. Se nos ha persuadido de que la forma más natural de comportarnos es a la americana –en algunos casos, impuesto: sea derrocando gobiernos, sea robando porciones de territorio. Me destruye profundamente, pues, que ciertos sectores aquí nos vean como si fuéramos alienígenas. Que nos traten, irónicamente, como conquistadores, cuando venimos a rogar a sus pies.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

¿Qué es, precisamente, la política dictada por el afán de castigo? Si buscamos que previos gobernantes, empresarios, altos jerarcas de cualquier orden social paguen por crímenes que verdaderamente cometieron, creo que estamos en buen camino. Varias veces pareciera que es la movida necesaria, hay sistemas que se justifican asquerosamente en el control: pensemos en los adecos y los comunistas ante Pérez Jiménez. Puede que el perdón sea más conveniente que la violencia para resolver ciertos conflictos, pero no por ello significa que sea lo más justo: lo que se dice de la Sudáfrica de los años finales del Apartheid, por ejemplo. Vale la pena preguntarse, no obstante, si en este caso las acciones más bombásticas del Congreso Nacional Africano no fueron necesarias para la conclusión que tanto se cita.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Eso de que "las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas" no me queda muy claro. La escuela de Administración Sloan del MIT publicó recientemente en Instagram que solo el 50% de las personas nacidas después de 1980 han logrado vivir con un estándar de vida mayor al de sus padres. El calentamiento global, como bien sabemos, no deja de avanzar. Y en el caso de Venezuela, nuestro país: ni hablar. Bien Steven Pinker y sus seguidores insisten con datos que el desarrollo económico es mayor que nunca, que la bonanza material es mayor que nunca. Pero ese desarrollo, esa bonanza, ¿se dan uniformemente en el globo? Es más, ¿nos hacen más felices?

Fíjate, este escritor que era pana de Pío Baroja, Azorín, Unamuno, Ortega y Gasset: Ramiro de Maeztu. Uno de sus escritos más importantes, traducido al inglés como *Authority, Liberty and Function*, comienza con él disputando que el medioevo fue la sombra, las edades oscuras que supuestamente sabemos. Nos cuenta que la gente entonces veía a los ángeles en el aire: tal vez la mayoría –me enfoco, digamos, en Europa: aunque sospecho que esto se podría aplicar a bastantes naciones originarias de nuestro continente– no tenía mucha o mayor ventaja, pero su devoción les aseguraba la razón de su simpleza, la calma dentro de lo cognoscible. Muy curiosamente, enfatiza que la cacería de brujas y la santa inquisición fueron cosa de la modernidad –que tal vez comenzaron antes, siglo XII, pero que se volvieron *mainstream* cuando la razón se volvió nuestra medida principal: "si no piensas como nosotros, de acuerdo con esta lógica, representas un error", por ahí va la cosa. No concuerdo con la fijación espiritual del personaje: soy, como se decía Sartre, radicalmente ateo. Pero quién sabe, quizás aquello de *ignorance is bliss* sea más cierto hoy que nunca: sobre todo cuando los comentarios más escándalos y las noticias más trágicas parecieran ser lo que consigue más *engagement* en redes sociales.

> **"No podemos predecir el futuro. Pero los mañanas no son aleatorios. Jamás deberíamos dejar de estudiar la historia"**

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

Pues sí lo percibo, sí lo palpo. Dentro de las humanidades, al menos en el noreste de los Estados Unidos, el interés por conocimientos de comunidades marginadas por cuestiones de clase, raza o género –o de formas en que se han marginado– es mayor que nunca. Me parece que es una consecuencia inevitable del auge del Internet: ahora que podemos conocer y compartir tan fácilmente expresiones culturales oscurecidas por el *mainstream* institucional y pop, cuestionar las narrativas oficiales de nuestras culturas resulta varias veces necesario.

Creo que disputar los cánones es importante. Pero creo que también lo es conocerlos a fondo, saber precisamente qué se puede rescatar y qué no. Tenemos que mirar con una lupa las entrañas de lo que queremos cambiar para que lo siguiente sea progreso, no meramente diferencia.

Si nos vamos a la poesía, particularmente, noto que el *yo* político, fragmentado, sin estructura, pero repleto de ritmo, que busca la teoría dentro de las experiencias, está cultivándose con fuerza en Nueva York. En alguien como Claudia Rankine, profesora de NYU, podemos conseguir un buen punto de partida. En alguien como Theresa Hak Kyung Cha, una precursora fundamental.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

Sí pero no. Como bien lo sentenció Kirby Ferguson, el cineasta canadiense: *everything is a remix*, todo es un remix. Nuestros cuerpos son la mezcla de los componentes genéticos de nuestros padres; las canciones que nos ponen a perrear en nuestra América nacieron de hermosas orgías entre el *dancehall* jamaiquino, la poesía castellana, la sabrosura arahuaca –formas fundamentales de expresarnos en el Sur que por su parte, también son remolinos de diferencias.

No podemos predecir el futuro. Pero los mañanas no son aleatorios. Jamás deberíamos dejar de estudiar la historia: pero deberíamos tener en mente que bastantes veces la propaganda la toma como disfraz. Las narrativas de los libros escolares, las iglesias, las alocuciones presidenciales suelen seguir una perspectiva –suelen servir un poder. Hurgar en los eventos del pasado sinceramente es desconfiar con pasión. Si queremos conseguir en nuestros ayeres pistas sobre el futuro, toca primero cuestionar el hoy. Toca hacerlo, particularmente, desde la pluralidad que nos humaniza: la que se celebra, la que se marginaliza.

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Mi trastorno bipolar no me deja quieto: por más que muchos momentos hoy en mi vida me convenzan que las cosas están fluyendo, que la ambición no termina de encauzarse, el miedo de que mi sensibilidad me domine tras un tropezón persiste. He sobrevivido ya varios acercamientos a la muerte, sea por mi propia voluntad o ni tanto; no quisiera para nada repetirlos, pero ninguno fue premeditado. Mi religión es la de los fármacos: estos últimos años, después de que mis dudas fueran destrucción, han sido súper gratificantes. Espero que los obstáculos de mi futuro no dependan de mí, tal como las regulaciones gubernamentales del extranjero que me tocaron ahora. También espero que mis panas, mis amores, mi familia me pongan el ojo suficiente para volverme piedra cuando los abismos me cantan. Están en eso, no lo dudo.

Sí te digo que pensar en el futuro –que existe siquiera, quiero decir– me mueve bastante. La Caracas que me crio, que todavía me da alas y nombre, se burlaba del después. Tantas personas la abandonaron que la fugacidad se robó sus plegarias. Supongo que soy una de esas personas ahora.

Si la fantasía que cuela a Caracas en mi inglés se esfuma de mis sílabas, que me cuelguen en cualquier parque. Los futuros solo sirven para compartirlos.

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Fíjate, Nelson admirado: creo, tal vez erróneamente, que cuando recordamos el mito de Narciso, normalmente recordamos la versión más simplista. La versión más equivocada, pienso. Cuando Narciso observa su reflejo, recordemos, no se enamora de sí mismo: mira a alguien distinto, se queda pegado con un rostro que no reconoce. Nuestro pana se lanza al charco seducido por lo desconocido, no por lo que sabe que posee. ¿Pasa lo mismo cuando montamos en Instagram un *selfie* –nosotros, después de escoger entre risas nerviosas nuestros *close friends*, en medio de la rumba donde nos sentimos horrorosos?

A lo que voy: los miembros de mi generación –o mis generaciones: no termino de entender si soy *millenial* o *centennial*– claro que se exhibe constantemente, pero no porque se crean lo más o porque sus registros los asombren. El mal llamado *narcisismo* no tiene cabida aquí: publicamos nuestros rostros una y otra y otra y otra y otra y otra y otra vez porque los sentimos de plástico derretido, necesitamos validación, algún *emoji* que dé fe de que existimos. El conflicto de quienes rondan mi edad no se trata de sentirse súper famosos, sino vacíos, inútiles, cualquierones.

Si nos ponemos a ver, dicho esto, las redes sociales como peligros ante la democracia, debemos pensar más en quienes las administran y menos en sus usuarios. En una dictadura tradicional, quienes hacen cola por bienes básicos, quienes se ven forzados en ciertos casos a delatar a sus vecinos sobre cosas sospechosas, no lo hacen por vocación sino por supervivencia. Muchas veces los médicos no pueden intentar todos los métodos posibles para salvar una vida por falta de herramientas –o caricaturescamente, porque sale más plata de los bolsillos de moribundos que llegaron después. ¿Quiénes son los culpables –cuando los algoritmos están configurados para que consigas con facilidad argumentos que confirman tus prejuicios en Twitter, cuando las reglas de qué se puede decir y qué no las deciden un grupo de socios, cuando las plataformas más importantes copian o imitan otras que prometen nuevas maneras de comunicarnos–, los señores o los siervos?

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Quisiera mejorar mi francés, conocer la teoría musical más a fondo, lograr escribir un buen texto de ciencia ficción. Pero sobre todo, quisiera aprender a ser inmortal y después morir.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

Inmediatamente pienso en Pedro Luis Vargas. Él fue mi profesor preferido, mi tutor de tesis, mi mentor en el arte de enseñar en un salón de clases, mi crítico más agudo, mi padre, mi tío, mi amigo. Quienes interactuamos con él en la Universidad Católica Andrés Bello o en la Universidad Simón Bolívar conocemos muy bien el valor de su tránsito en este mundo. Lamentablemente, un ataque cardiovascular dio fin a su vida mucho más pronto de lo que todos esperábamos. Es deber de sus alumnos y colegas hacer que su sarcasmo y su sabiduría respiren en nuestras páginas.

Mi novela, *Reggaetón*, va dedicada a su memoria. No pudo ser de otra manera.

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Geidy Querales Ortega

Geidy Querales Ortega es venezolana, vive en España y se dedica a la enseñanza. Es doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza. Ha investigado el magisterio poético de la filósofa española María Zambrano sobre la poeta venezolana Reyna Rivas y ha publicado la antología *Cuentos de Venezuela. Líneas portulanas* (2022)

GEIDY QUERALES / CORTESÍA

N.R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectada, amenazada de algún modo?

Es imposible no sentirse afectada por todo lo que viene aconteciendo en el mundo desde hace algunos años, es nuestra realidad y, en mayor o menor medida, todos la padecemos porque se ha colado en el espacio más íntimo de la vida cotidiana: la casa (y solo el dueño de la casa conoce las goteras que tiene o las ruinas que han quedado tras abandonarla o las memorias que ha perdido en ella; solo el dueño de la casa sabe lo que le cuesta poner la mesa, pagar la factura de la luz, leer un libro…). La pandemia, como si de algún tipo de "fábula" se tratara, nos recordó a los de nuestro tiempo las más viejas lecciones: el valor de la humildad y de la solidaridad y, especialmente, la certeza de la fragilidad de todos los "sistemas" que somos, o bien, de los que formamos parte, porque nuestro cuerpo es un conjunto de sistemas engranados, como también lo son la Tierra, la sociedad, la economía o la democracia. La fragilidad, además, conlleva la certeza de la finitud, aunque todas nuestras ideas y pensamientos miren hacia el futuro. Pero parece que no aprendemos, que la experiencia no llega a ser conocimiento hondo, o que todos no recordamos a la vez la enseñanza. Eso, para mí, anuncia la verdadera amenaza que, como vemos, toma forma de virus controlador, de guerra, de incendio desbocado, de sequía, de plato vacío, de migrantes sorteando la altura de los Andes o las profundidades del Mediterráneo, de tuit mendaz… Aquí estamos, perplejos o rabiosos, padeciendo y siendo ¿testigos?

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella puede ser una fuerza de cambio no destructivo?

En el diálogo *De la ira* Séneca dice que esta es la pasión "más sombría y desenfrenada de todas", la que más daño ha hecho al hombre, pues la violencia física con la que se puede manifestar ha causado muertes injustas, destruido ciudades enteras, condenado a inocentes. Semejante destrucción puede causar la rabia contenida en las palabras de un discurso (y me atrevo a pensar que Séneca no imaginaría la furia de las palabras en las redes sociales); también recuerda el filósofo –aunque no comparte esa idea– que hay quienes piensan que la ira puede ser el empuje para la consecución de motivos nobles y, en este sentido, la historia de la humanidad –me parece– no se ha esforzado mucho por quitarle razón a Séneca. Solo hace falta recordar un poco la historia para ver las consecuencias de las decisiones tomadas sin verdadera reflexión. Muchos de los problemas que actualmente viven algunos pueblos cercanos, constituidos además como sociedades democráticas, son consecuencia de haber tomado decisiones desde la rabia con la intención de manifestar legítimamente, como un derecho, la indignación y la frustración que la circunstancia política y socioeconómica les causa y eso no los ha beneficiado; por el contrario, ha puesto en peligro sus derechos y sus libertades. El pueblo venezolano podría ser un ejemplo cercano y doloroso de la demagogia de la rabia y de su poder sobre las personas, como un conjuro maléfico que las atomiza y las transforma en masa y del que parece no poder liberarse, por ahora.

La cuestión es que la rabia, como el miedo u otras emociones, o bien, los sentimientos, es inherente al ser humano. Aprender a reconocerla y a controlarla favorece el desarrollo de nuestra personalidad y, ahora, de nuestra inteligencia emocional, eso afirman desde la psicología. Quizá necesitemos trabajar en ello colectivamente porque las sociedades, al igual que los individuos que la forman, también tienen personalidad y si en la vida privada reprobamos las acciones nacidas de esta emoción, ¿por qué deberíamos justificar la rabia en la vida pública como una fuerza de cambio no destructiva?

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Sin conocer los parámetros, los datos y los criterios que se valoraron para esas estadísticas no podría inferir, ni mucho menos asegurar que las cosas en el "mundo" están hoy mejor que hace décadas; el mundo es muy grande y muy diverso. Creo, sin embargo, que la vida individual y la vida social, con las cosas que cada una de ellas tiene, sí ha mejorado –y mucho– en algunas partes del mundo. Son regiones en las que hay estabilidad política, económica y social; en suma: derechos, bienestar, calidad de vida, acceso a las tecnologías y oportunidades de desarrollo. Pero hay otras regiones más desfavorecidas en las que pasan los años y la vida con sus cosas nunca ha experimentado un cambio tan relevante que al cuantificarlo pueda ser valorado como una mejora; igualmente, hay otras que, teniendo cierto estado de bienestar, década tras década, lo han ido perdiendo: la vida con sus cosas empeora y la calidad de vida es una misión difícil de conseguir, de predicar. (Tal vez estas regiones son las partes del mundo en las que la rabia sigue alzando la voz en nombre de los ciudadanos). Ahora bien, si algo tienen en común todas las regiones del mundo es la insatisfacción de sus habitantes, un malestar compartido. Y en esto, no veo contradicción porque creo que la insatisfacción es propia del hombre y, además, proporcional a las necesidades de quienes la padecen: los que tienen mucho se crean necesidades (el consumismo entra en juego) y los que tienen poco o nada intentan saciar las suyas, que son primarias. Al no satisfacerlas, algunas veces, queda el malestar que puede ser egoísmo, individualismo, pesimismo, ansiedad, rabia, depresión; otras veces, surge algún tipo de esperanza que se manifiesta como fe, creatividad, insistencia y saber experiencial.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

El mundo vive en constante transición. La vida de todo ser vivo es eso: tránsito, esfuerzo y cambio, desde el nacimiento hasta la muerte. Hay épocas o momentos de la vida de una persona o de la vida de una sociedad que son tranquilos y otros en los que los cambios irrumpen con fuerza y se hacen sentir (los neurotransmisores tienen mucho trabajo) y, por supuesto, la percepción de la realidad es diferente. Eso, creo, es lo que vivimos actualmente, pero no es algo nuevo, en épocas anteriores también experimentaron cambios en la percepción de su realidad. En la nuestra, en muy poco tiempo, hemos pasado de apoyar y de desarrollar nuestras vidas en sistemas analógicos y binarios para hacerlo en sistemas digitales y cuánticos que no entendemos del todo, pero que nos divinizan. Nunca antes la humanidad había (con)tenido el mundo en un dispositivo (tal vez no desde la creación de la imprenta, la televisión o la computadora). Elegidos por algún dios, como cualquier rey absolutista, controlamos "nuestro mundo", esa parcelita que vemos, desde nuestro dispositivo móvil. En muy poco tiempo hemos dejado –qué peligro– de escuchar la advertencia del cambio climático para sufrir sus efectos; de escuchar todas las canciones de un disco o un casette para escuchar una sola, elegida previamente, y lo hacemos, además, en soledad. Toda espera es impaciencia. También en esta época hemos sentido el derecho a la igualdad entre hombres, mujeres, un reclamo que no pierde vigencia, al que se suma, el derecho a la inclusión de nuevos géneros y de nuevos paradigmas. Son muchas las mutaciones en el ADN cultural de nuestro tiempo.

La lengua, mi campo, es un ser vivo y, obviamente, desde siempre ha participado de estas transiciones: la palabra nace para comunicar, para dar nombre a aquello que no lo tiene o para renombrar, y en esta época hay mucho a lo que darle nombre, mucho que renombrar.

Sin embargo, no creo que la cuestión de nuestro tiempo sea solo percibir los cambios, eso no es propio, sino tener conciencia de ellos, conocer la realidad. La percepción es engañosa, como decía Platón y este mundo nuestro 2.0 (no) lo sabe.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia, pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

Es un reclamo necesario. Las personas y las sociedades somos historia, intrahistoria, saber experiencial. En su libro *Persona y democracia*, la filósofa María Zambrano deja claro que "el hombre siempre ha sido un ser histórico" y que la característica principal del hombre de nuestro tiempo es tener "conciencia histórica"; es decir, hoy sabemos que la historia la hacemos y la padecemos entre todos, que es más que efemérides, héroes patrios e historiadores. La conciencia histórica nos da la posibilidad de descubrir historias de la Historia que son una vergüenza para la humanidad, empatizar con el dolor del pasado y pedir perdón; también, descubrir otras que nos inspiran y nos dan esperanza, porque eso también es la historia, esperanza. Pero, sobre todo, la conciencia histórica nos permite descubrir que la historia tiene capas, que el hombre se esconde en ellas por diversas razones y se va revelando poco a poco, con el paso del tiempo. Creo que si logramos acercarnos a la historia de esa manera nuestro futuro sería más claro, incluso podríamos planificarlo porque la historia permite hacer relaciones entre el pasado y el futuro, desde el presente, pero siempre con vistas hacia el futuro.

> **"La cuestión es que la rabia (...) es inherente al ser humano"**

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Es casi imposible no cuestionarse el presente e intentar saber qué depara el futuro, cómo va a ser, la vida va siempre hacia el futuro y aunque podemos planificarlo, no siempre es como esperamos. De ser así, las religiones y la astrología no tendrían éxito (tampoco los *coach* de Instagram). Sus respuestas a nuestras preguntas sobre el futuro son maleables, instructivas y fervorosas, dan tranquilidad y esperanza. No le quitan a nadie la responsabilidad de su futuro, pero, pase lo que pase, el amparo de una fuerza superior, divina, está ahí.

Sí, constantemente me hago preguntas sobre el futuro, especialmente sobre el del planeta, porque entiendo que mi futuro personal y el de la sociedad, dependen en gran medida de ese otro: ¿qué podemos hacer realmente la gente de a pie?, ¿qué más puedo reciclar?... El resto de mis preguntas son las propias de la vida cotidiana con su pragmatismo y sus riesgos.

(Continúa en la página 10)

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Hensli Rahn Solórzano

Hansli Rahn Solorzano es músico, escritor y cronista, residenciado en Alemania. Relatos suyos han sido premiados en varios importantes concursos: **El Nacional**, SACVEN, Clínica Metropolitana y Fundación para la Cultura Urbana. Ha publicado los libros *Crónicamente Caracas* y *Dinero fácil*

N.R.

HENSIL RAHN SOLÓRZANO / ©THOMAS LANGDON

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectado, amenazado de algún modo?

Hace poco mi cuñada viajó de Múnich a Berlín para visitarnos y pasó una noche en el sofá de la sala. Al día siguiente fui a las seis de la mañana al escritorio, como de costumbre, para trabajar hasta el momento en que mi hijo se despierta. Pero me encontré a mi cuñada deambulando vestida y con ganas de conversar. Mientras colaba los primeros cafés del día, me contó que la despertó un mal sueño. Por una de las ventanas –"esta", me dijo–, vio cómo el cielo se abría en dos, por el humo luminoso de un proyectil, que cayó muy cerca.

En esa imagen, elaborada por una sola subjetividad, me parece que está concentrado de una manera nítida el temor de muchos ciudadanos de Mitteleuropa, entre los que me cuento desde 2015.

A las primeras ondas expansivas de la guerra de Putin –refugiados, alza del precio de la gasolina, inflación generalizada–, el gobierno alemán respondió con subvenciones y medidas que, hasta ahora, han funcionado para preservar una cotidianidad sin percances mayores. Pero nadie sabe hasta cuándo.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

Imagino que hay casos contrarios y excepcionales, pero en la experiencia venezolana –si es que sirve de algo– 1998 es un recordatorio dramático de cómo una sociedad harta de impunidades, espoleada por narrativas justicieras, puede lanzarse civilizada y "democráticamente" por el barranco totalitario.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Todavía no sé qué pienso de esa contradicción. Mi impresión es que vivimos una época turbulenta –¿cuál no lo ha sido?–, con zonas de progreso y otras en franca decadencia. Yo la vivo con optimismo y sin dejar de cultivar una mirada crítica. Una cosa no excluye a la otra, en este caso.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

En mi ámbito se perciben algunos cambios. A fecha de hoy, por ejemplo, los verdes forman parte de la coalición que gobierna por mayoría en el Bundestag; llevan décadas promoviendo el apagón nuclear en Alemania. Encuentro una petición indisimulada en buena parte de los libros, las películas y las series contemporáneas. Una petición de militancia en distintas causas, tanto de las justas como de las otras. Por último, lo digital se ha vuelto una dimensión indiscernible del presente. Pero más que una "transición", que implica un cambio más o menos rápido, me parece que estamos en presencia de la realización paulatina de ideas planteadas en décadas anteriores.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

La ficción que escribo me exige con frecuencia consultar libros de historia de Venezuela, así como entrevistar a historiadores y testigos de hechos históricos. Pesquisa de riesgo porque surge siempre la tentación de comparar escenarios y encontrar en el espejismo del pasado "soluciones" para resolver problemas de hoy, lo cual es imposible porque las circunstancias son otras. Veo esos materiales, en cambio, como una fuente de datos, de versiones –a veces contradictorias– de los hechos y, sobre todo, de la memoria. La memoria mueve a la reflexión y cualquier individuo, sirviéndose de ella, puede descartar una cantidad de caminos transitados que conducen a ninguna parte y, de paso, ubicar de dónde salen algunas ideas. De allí su valor fundamental y la urticaria que provoca en gobiernos de corte totalitario, que buscan siempre su censura o falsificación. "Quien controla el pasado, controla el futuro", escribió Orwell en *1984*. "Y quien controla el presente, controla el pasado".

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

La verdad es que poco o nada. De cara a la incertidumbre del futuro me preparo trabajando en lo único que conozco, que es el momento presente. Desde allí puedo, como mucho, trabajar en mis proyectos con metas a corto y mediano plazo, consultar algunas páginas de historia y "navegar" en el tiempo –si se me permite la expresión– gracias a algún relato.

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

No entiendo la relación que guardan las dos últimas preguntas. Pido disculpas.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

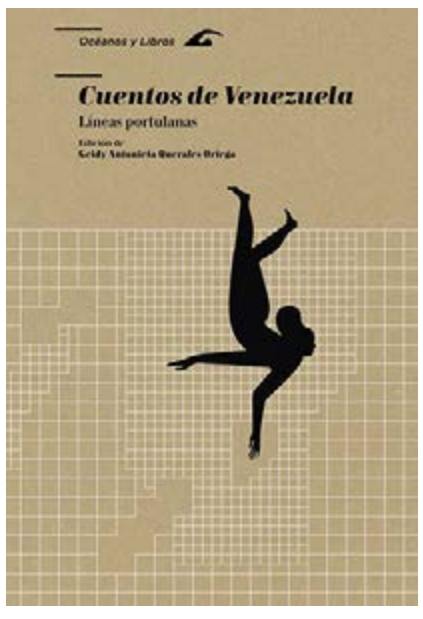
La lectura me acompaña a diario como una suerte de oración inconclusa y, cuando voy al escritorio, tengo siempre la sensación de que estoy aprendiendo a escribir. Bien sea en un relato corto o largo, lo que busco es la mejor manera de decir una frase para pasar a la siguiente. Las historias que me interesa contar, me piden que cruce una línea de sombra tras la que siempre soy otro. Es como recorrer las calles de una ciudad en pleno apagón eléctrico. La familiaridad que solo crean los años, se torna de pronto una zona oscura y desconocida. A la mano tengo la linterna del celular, cada paso es una pequeña revelación en medio de ese terreno.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

Son muchos, por lo que sería injusto nombrar a algunos en este formato y olvidar a otros. Me gustaría que los lectores los encuentren, a ellos y a sus obras, entre las líneas de mis libros.

Habla Geidy Querales Ortega

(Viene de la página 9)



Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

En efecto, vivimos en una sociedad que no teme exhibirse públicamente y sucede de una forma tan hiperbólica que pienso que quizá nunca ha existido tal temor, que, por el contrario, mostrarle al otro lo que uno es o quiere ser siempre ha sido un deseo; solo que antes de las redes sociales ese "privilegio" –vamos a llamarlo así– le era permitido a una minoría con poder y ahora todo el que quiere puede hacerlo y el que no quiere, observa lo exhibido y se da el derecho de juzgarlo. No obstante, para mí, lo verdaderamente curioso son las maneras de la exhibición. Hay un grupo de exhibidores enmascarados: el *yo* exhibido no es real, es una imagen embellecida con filtros, las nuevas máscaras; algo similar ocurre con la palabra, queda escondida tras el filtro de la demagogia (lo usan los políticos) y, aunque lo sabemos, validamos esa imagen o ese discurso con *likes* y corazones. Hay una necesidad extrema de ser estéticamente bello y ese esfuerzo hace a nuestra sociedad esperpéntica y grotesca: el fingimiento, el artilugio, hacen de la exhibición del *yo* un espectáculo más bien trágico porque no renuncia a la máscara y la máscara es propia de la tragedia. Hay otro grupo que, aparentemente, se muestra sin máscaras y sin filtros, que se empeña en enseñarnos la intimidad de la vida, su imagen y sus palabras no se maquillan y tienen estrías. A estos también los validamos con *likes* y corazones. El espectáculo del *yo* es similar.

No sé si el exhibirse pone en riesgo el orden democrático, comencemos a contar *likes* y corazones. Sí sé que la democracia nació en un espacio público.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Me gustaría aprender o, por lo menos, acercarme con rigor a la física, especialmente la física cuántica, también a la filosofía y a la música; incluso aprender a escribir un soneto. Hace algunos años leí *Breve historia del tiempo: del Big Bang a los agujeros negros*, de Stephen Hawking, y descubrí lo que ningún profesor de Física me dijo en la escuela: la física estudia todo lo que nos rodea, desde la energía de un mínimo átomo hasta la que expande el universo; la física es esa ciencia que está en todo, aunque no la entendamos. Todo es energía, incluso nosotros; energía que se transforma constantemente. Para aquello que la física no puede explicar con evidencia está la filosofía, que busca dar sosiego a nuestras inquietudes más hondas. Y para trascender están la música y la poesía, esas formas del amor. El conocimiento y la trascendencia son las aspiraciones de la persona.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

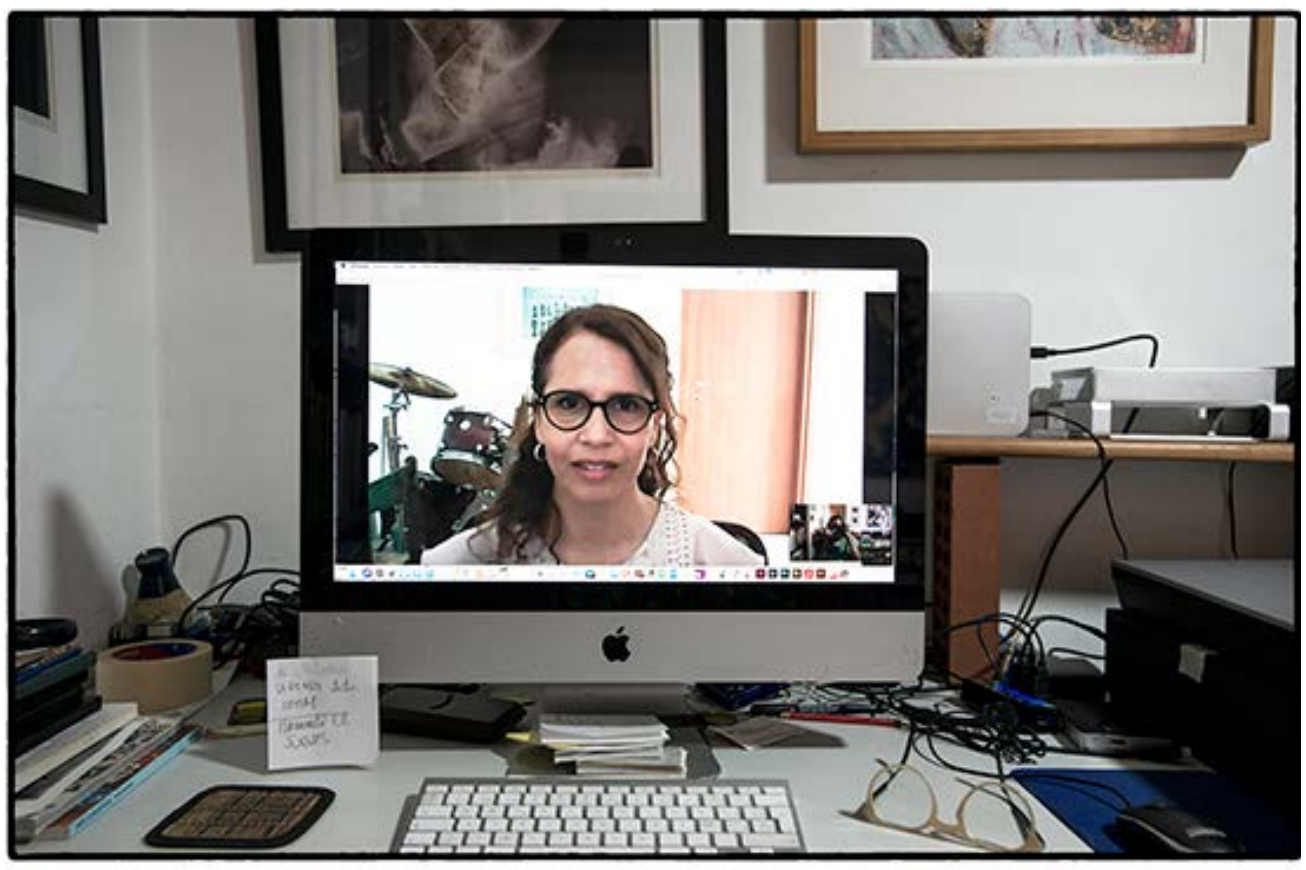
La palabra maestro es muy especial para mí. Yo soy maestra, es mi formación primera, y creo absolutamente en la generosidad de este oficio de enseñar. El maestro es un mediador entre el saber y la ignorancia, es un guía. Todos tenemos vocación de ser persona, estamos llamados a serlo, y esta vocación se manifiesta socialmente de distintas maneras (porque solo se es persona en sociedad). El maestro tiene la misión de advertirle al estudiante del llamado de su vocación, de mediar entre estos ofreciéndole todo el conocimiento que necesite para desarrollar una carrera, un oficio y, en consecuencia, tiene la misión de guiarlo en el proceso.

Hay muchos maestros de distintas etapas de mi vida a los que me gustaría expresar mi reconocimiento, pero este se lo dedicaré a una maestra en especial, mi madre, la maestra Susana, y con ella a todos los maestros de preescolar porque su labor es admirable. Ellos, entre juegos y canciones, son los primeros en revelarnos algunos secretos del mundo, ellos nos enseñan a codificar y descodificar el mundo por medio de la lectura y la escritura.

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Liliana Lara

Escritora venezolana. Autora de los libros de cuentos *Los jardines de Salomón* (Premio de narrativa de la XVI Bienal Literaria José Antonio Ramos Sucre, en 2007), *Trampa – jaula* (finalista del premio Equinoccio de cuento Oswaldo Trejo en 2012), *Abecedario del estío* (finalista del XIII Concurso Transgenérico de la fundación para la cultura urbana en 2013), *Método rumano para dejar de fumar* (Lp5 Editora, 2022) y la novela *La música de los barcos* (2019). Doctora en Literatura Iberoamericana por la Universidad Hebrea de Jerusalén. Actualmente vive en Israel



LILIANA LARA / ©VASCO SZINETAR

N.R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectada, amenazada de algún modo?

En mi opinión, la historia de la humanidad siempre ha sido oscura y luminosa a un mismo tiempo. De allí su complejidad. El ser humano siempre ha estado caminando en la penumbra, entre sombras y claroscuros, entre rayos de sol, auroras y crepúsculos. "Venimos de la noche, y hacia la noche vamos", diría el gran Gerbasi en otro contexto, pero que aquí me viene muy bien. Sin embargo, entre noche y noche, hay muchas tonalidades.

No hubo luz en pandemias o guerras actuales o anteriores. No en el Holocausto ni en las hambrunas antiguas o cercanas. Pero la vida sigue levantándose. Todo acaba y todo renace.

En los últimos dos años hemos asistido a una especie de repetición del inicio del siglo XX, con sus guerras, sus pandemias, sus hambrunas. Una repetición tal vez exacerbada por las herramientas tecnológicas, en un mundo cada vez más administrado digitalmente por algoritmos y en el que abundan las teorías de la conspiración. Una repetición de la historia que no tiene el tinte de farsa, sino que está impregnada de la atmósfera asfixiante de las grandes obras de la ficción especulativa (que no hacen más que especular y anticipar, como se sabe, haciendo muchas veces una especie de sociología anticipatoria).

No obstante, la humanidad ha caído y se ha recuperado en repetidas ocasiones a lo largo de la historia. Si hay una repetición que me interesa, es esa: la repetición del acto de levantarse nuevamente.

Pienso que es necesario seguir adelante en medio de este flujo, de esta administración cíclica, atávica, de luz y oscuridad que es la vida.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

Creo que las formas de la rabia que asume el discurso en el espacio público no tienen ningún aspecto positivo. El discurso del chavismo y todos los discursos que lo imitan, aparentemente desde posturas opuestas, son paradigmáticos.

En el paredón de fusilamiento que es Twitter, por ejemplo, han sido fusiladas muchas figuras públicas de cuestionable comportamiento, posturas e ideas, pero también han sido execrados seres comunes y corrientes. O, quizá nunca lo sabremos, ya que la realidad es un maremoto de dudas. Los fusilamientos digitales tal vez hayan conseguido algunos logros, pero también han despertado una cultura de la cancelación extrema, que no atiende a razonamientos ni matices, y que es lo que ha terminado guiando a la horda furiosa que deambula en el espacio digital y fuera de él.

En el ámbito digital, las bases de esta cancelación son expresadas en "hilos" en los que fondo y forma se confunden: los pensamientos que se expresan muchas veces también son delgados como hilos, endebles, populistas en pro del like y del retuiteo.

Estos hilos requieren de la polarización para poder expresarse porque solo así quienes los escriben entienden el mundo. No hay lugares intermedios, dislocaciones, quiebres, disidencias. Muestran en sus tuits encadenados una realidad a medias, una entre muchas, una que se cree única y que anula cualquier claroscuro. Descubrir matices exigiría una línea argumentativa que excede a ese espacio y que excede también a quienes allí escriben. Requiere de un pensamiento, un razonamiento mucho más complejo.

Hay una complejidad que se escapa a esos hilos que no se enredan, intactos, desarticulados de toda madeja. Digeridos y digeribles (solo) por sus partidarios.

Ojalá el universo fuera tan sencillo y pudiera explicarse con un hilo, una regla, una línea divisoria entre lo malo y lo bueno, una cancelación absoluta. No es así. Sin embargo, la línea del pensamiento a la que apuntan estas voces implica la anulación de los matices.

Importantes autores que demuestran con estadísticas, que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo, estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Lamentablemente, no he tenido la oportunidad de leer a estos autores que hablan de la mejoría de las cosas en el mundo y no creo mucho en estadísticas.

A mí me parece que el mundo está mejor y peor al mismo tiempo porque el ser humano es capaz tanto de lo peor como de lo mejor ahora y en cualquier momento. La complejidad de lo real radica en esta convivencia de fuerzas, de tiempos, de polos que se contraponen, se superponen, se multiplican, se viralizan.

Creo que es posible que las cosas estén mejores solo para un grupo pequeño de la sociedad que tiene acceso a ciertos beneficios, mientras que para el resto la vida se desmorona. Venezuela es un ejemplo doloroso de esto: quienes viven con dólares, en burbujas y bodegones, sienten que las cosas han mejorado. Mientras que la gran mayoría sigue luchando por cubrir sus necesidades más básicas.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

Yo veo el cambio y a la vez no lo veo, tal vez porque estamos en un momento de transición, o tal vez porque, como he dicho antes, las fuerzas, los planos y los tiempos conviven en el mismo espacio.

Con respecto a las reivindicaciones, pienso que todavía hay mucho por hacer. Por ejemplo, la reivindicación de la participación de la mujer en el mundo literario existe, las editoriales están dándole un lugar importante y merecido a la literatura escrita por mujeres. Cosa que hace poco no ocurría: existen editoriales que hasta el año 2010, más o menos, no tenían ningún libro escrito por una mujer en sus catálogos. Sin embargo, en muchos casos, y en especial en editoriales multinacionales, solo se publican obras de mujeres si estas cumplen con ciertos requerimientos de mercado, es decir, si hablan de ciertos temas, si están escritas desde cierto tipo de escritura, si pertenecen a ciertos géneros. Al menos en el ámbito de la literatura latinoamericana, si no escribes algún tipo de gótico folklórico o de realismo político, es más difícil que encuentres tu espacio en el ámbito multinacional, no importa si eres hombre o mujer, o de cualquier otra identidad sexual. Lo que habría que reivindicar, en todo caso, sería la pluralidad de temas en la literatura escrita por seres humanos (¿incluimos también las inteligencias artificiales?). Habría que luchar también por la apertura a lo diferente, a lo que se escapa del discurso prefabricado, lo que estremece nuestras concepciones de mundo, lo que nos relata algo que no esperábamos, lo inclasificable.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia, pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

Por un lado, "la experiencia es una tenue lámpara que solo ilumina al que la lleva", como dice Celine, citado por Ricardo Piglia. De modo que toda experiencia pasada solo ilumina al que la ha vivido. Aunque la historia se repita, o, aunque nos repitan infinidad de veces que la historia se repite, tal pareciera que pasamos por las mismas eventualidades como si fueran inéditas. Vamos sin la lámpara de la experiencia, su luz no nos alcanza.

Por otro lado, y volviendo a la ficción especulativa (o anticipatoria, como prefieran), este género nos ha enseñado que las pistas del futuro se encuentran en el presente. Solo que algunas veces no sabemos verlas. Graciela Speranza ha dicho que "el arte es un reloj que adelanta". El arte, la literatura, son esa tenue lámpara que ilumina el presente y mapea el futuro y a la que, desde dichos discursos, sí tenemos acceso.

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Me gusta más pensar en el presente, que es el único momento que existe y en el que el pasado y el futuro se superponen y se encuentran efectivamente.

Como ya he dicho, la ficción especulativa nos ha enseñado que mirar las costuras del presente ayuda a anticipar el futuro. En una excelente novela de este género titulada *Impureza*, del gran Marcelo Cohen, el narrador señala que "Parece que llegó el futuro, con todo, falta algo". Esa idea de futuro como progreso que acabó en la modernidad, en este texto llega, pero de manera defectuosa. No tanto para los sectores pudientes como para el resto de la gente, que vive sumergida en la desigualdad, la precariedad laboral, la soledad, la deshumanización, el desastre ecológico. Algunos ni siquiera han visto nunca una computadora de cerca. El futuro que pinta esta novela es en gran medida nuestro presente elevado a la enésima potencia (pero tal vez no tanto).

Ese presente es el que me preocupa.

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Realmente, no me inquieta del todo la proliferación narcisista, pues cada época la ha tenido de alguna manera, aunque tal vez en menor intensidad. Pienso que la gente es libre de exhibir (se) cuanto y como quiera. Veo en la exhibición una posibilidad de conocer una parte del otro. Es cierto que ese otro construye una intimidad para exhibirla, y la verdadera esencia pocas veces sale a la luz. Y también es cierto que el sujeto vive así ensimismado en sus propios monstruos y prodigios…

> **"Ojalá el universo fuera tan sencillo y pudiera explicarse con un hilo"**

Tal vez los arqueólogos del futuro escarben en toda esta exhibición digital para tratar de entender por contraste las carencias de nuestra época.

Por otro lado, la literatura y el arte ¿no son también formas de exhibición? Más elaboradas, por su puesto, pero ¿acaso no implican una apertura a la interioridad, al espacio íntimo de personajes, pero también de quien escribe? Algunas más, algunas menos. Más allá de las cansinas literaturas del yo y la autoficción, en toda obra literaria está siempre el sujeto que escribe. No para que la labor del lector sea encontrarlo puntualmente, juzgarlo o cancelarlo, sino para que en cambio se encuentre a sí mismo, como sujeto también, plausible o no de todas las pasiones descritas en el texto, acompañando a los personajes en sus preguntas o lamentando sus decisiones. Decía Amos Oz que incluso si escribiera una biografía de Santa Teresa, estaría escribiendo también mucho de sí mismo.

Yo prefiero ver la exhibición de la intimidad que abunda en el ámbito virtual de una manera menos negativa, más bien como una forma de "performance del yo", tal como la delinea Josefina Alcázar. Es decir, relacionada con la autorrepresentación (o performance autobiográfica) que abunda en el ámbito del arte contemporáneo, en la que se expone la cotidianidad y las minucias del ser y que lleva a una especie de autoconocimiento, o de conocimiento de época. En tal sentido, hay verdaderos artistas en las redes, pero es cierto que también hay mucho populismo e irrelevancias. De momento, somos libres de elegir la intimidad que deseamos ver.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Es mucho lo que no sé y es mucho lo que me gustaría aprender.

Si dispusiera de tiempo, me encantaría estudiar filosofía. He leído a algunos filósofos con mucha pasión y alegría intelectual, pero de manera muy desordenada y silvestre.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

Pienso en Rubi Guerra, sin lugar a duda. Rubi es uno de nuestros más grandes escritores y a quien tengo la suerte de tener como amigo desde hace varios años cuando llegué a Cumaná a estudiar en la universidad. Le agradezco su consejo y su voz, que siempre me han guiado. Su literatura está más allá de las modas y los gustos momentáneos. Lamentablemente sus libros no se consiguen en todas partes, porque no es representante de esa literatura multinacional y digerida que le gusta editar a las grandes editoriales. Es, eso sí, un autor de culto: quienes lo han leído lo saben. Su narrativa recuerda de algún modo a Conrad, a Onetti, a Mutis, pero a la vez la suya es una voz única, propia, que apela con fuerza a nuestro Caribe y a la condición humana. A mi juicio es un clásico de la literatura venezolana contemporánea que hay que leer.

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Mario Morenza

Mario Morenza ha publicado los libros de cuentos *Pasillos de mi memoria ajena* y *La senda de los diálogos perdidos*. Relatos suyos figuran en antologías como *Mis más cercanos parientes* (Kalathos, 2016), *De qué va el cuento* (Alfaguara, 2013) y *Antología de la novísima narrativa breve hispanoamericana* (Grijalbo, 2009). En 2016 gana el 71ª Concurso de Cuentos de **El Nacional.** Actualmente colabora para *El Diario, The Wynwood Times* y *Papel Literario*

MARIO MORENZA / ©ÁNGELA BONADIES

N.R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectado, amenazado de algún modo?

En Caracas, la amenaza siempre ha estado allí, agazapada o en sus variantes más hostiles. En forma de ráfagas de tiro. Gases lacrimógenos que estrujan el aliento. En el chuzo bajo la franela. Esto, sin llegar a la paranoia, me ha hecho cauteloso. A principios de la cuarentena me sentí amenazado por la incertidumbre biológica e informativa, la numerosa cantidad de fallecidos a escala mundial, incluso vecinos. Por meses, solo pisé la calle lo estrictamente necesario.

Emil Cioran escribe que "fuera de la materia, todo es música; Dios mismo no es más que una alucinación sonora". En diversos momentos de mi vida siempre me ha acompañado el arte. Primero fue la música. Desde la adolescencia: Peter Gabriel, Genesis, Björk, David Bowie, Sigur Rós; y durante la cuarentena he descubierto artistas excepcionales: Aurora, José González, Julianna Barwick, Hammock. Ante las persistentes amenazas, el arte es alivio y es refugio frente a la adversidad, las injusticias, la asfixia.

Pocos días antes de la primera sesión *online* de mi taller Mares de Narrativa en la UCV, el ejército ruso ametrallaba a los ucranianos. Ante la desgracia, consideré pertinente compilar y discutir relatos sobre soldados y guerras de diversos autores del mundo. Incluso rusos. En *Nunca cometemos errores* de Solzhenitsyn hallamos numerosos paralelismos con los métodos administrativos de la Venezuela actual, situaciones tan absurdas, grotescas y hasta más cercanas que cualquier relato bélico criollo. Con esto quiero precisar que el arte y la literatura de ninguna manera las concibo como evasión, sino como instrumento excepcional para el goce del espíritu, la comprensión y reflexión sobre nuestro tiempo.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

Me pregunto si esa violencia que se nos antoja más evidente y cotidiana, más áspera y delirante, pues la leemos en un *tweet* replicado hasta el infinito, en *chats* de condominio o en un vídeo viralizado, acaso haya permanecido enquistada desde siempre y a lo largo de la historia adquiera las dinámicas de su tiempo.

El humano por instinto se siente amenazado ante lo extraño. Lo leemos en "La casa de la bruja", no refiero el genial cuento de Lovecraft, sino el de Pocaterra; lo leemos en "Los comemuertos", también de este autor. En el primero, unos vecinos, como enjambre de avispas, vilipendian, humillan y atacan a una señora. Guiados por la superstición enfermiza, creen que es bruja y…, *spoiler alert!*, simplemente buscaba hierbas medicinales para calmar la lepra de su hijo. En el segundo, unos niños apedrean a una familia de italianos. No los soportan por ser distintos, rubios, extranjeros. En ambas historias hallamos formas actuales de ejercer castigos amparados en los prejuicios y la xenofobia, por solo mencionar un par, o más pernicioso aún, la creencia de que se tiene la razón por encima de todo y cualquier sanción es justificable. Los relatos pertenecen a *Cuentos grotescos,* publicado exactamente hace un siglo, obra que calibra el sentir y sentido de aquella Venezuela de 1922, tan desorientada como esta.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo, estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Cada vez que se me cruza alguno de estos gráficos porcentuales de colores pasteles, irremediablemente pienso, aunque escrita en un contexto no menos trágico, en una frase de Arthur Koestler: "Las estadísticas no sangran; lo que cuenta es el detalle. Somos incapaces de abarcar el proceso total con nuestra conciencia; solo podemos centrarnos en pequeños trozos de realidad".

Hemos aceptado y tolerado tanto las estadísticas y las encuestas, que solo las puedo considerar como excusas para sostener *slogans* propagandísticos. En nada se diferencian con el petulante y cínico "Venezuela se arregló", ni a la latonería y pintura que le han aplicado a ciertas autopistas, plazas y calles del país.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

Esa revolución digital es lejana. Internet se ha vuelto indispensable para la vida y el trabajo, pero no siempre funciona o la velocidad es raquítica.

En la universidad la autonomía se desvanece. En este ámbito de trabajo constato, parafraseo a Borges, que ningún tiempo ha sido ideal para la literatura y el arte, a esto agregaría: y para la actividad académica menos. En este país estancado, o empantanado le viene más exacto, por los momentos cualquier tipo o intento de transición se hunde.

Sin embargo, por muy espesa que sea la ciénaga, no permanezco de brazos cruzados y en inútil queja, avanzo en mis labores artísticas y académicas con los recursos que tenga a disposición.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia, pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

"El novelista vive en un auténtico laboratorio de observación histórica y sociológica" señala René Girard, y añade: "Al revelar el deseo de sus héroes, revela la sensibilidad de su época o de la época que le seguirá". Girard entiende la novela como un pequeño cosmos de pulsiones emocionales. Si de elegir se trata, prefiero la ficción a la facción de los libros de historia, más allá del valor documental de estos.

He sabido más de la historia del mundo y la de Venezuela a través de la literatura, esa que nos cuenta el alma de un país. Por ejemplo, en "Fuego fatuo" y "Gavilán Colora'o" de Uslar Pietri, protagonizados por pranes coloniales, se nos narran finales muy comunes actualmente, donde el criminal desposeído y apresado lloriquea como un cobarde.

Todo en el universo tiene criterio narrativo. Principio, desarrollo, desenlace, fin. Los astrónomos en la actualidad estudian las fases de formación, existencia y consumación de estrellas para reconstruir la historia del origen de nuestro mundo. Y su posible final. Saber a qué atenernos, si es posible hacer algo.

Ahora, ¿qué depara el futuro? ¿Hasta dónde llegaremos como especie? ¿Persistiremos otros doscientos mil años o solo doscientos?

Carl Sagan se preguntó alguna vez si seríamos capaces de "aventurarnos hacia el espacio". Con lógico pesimismo reparó en que nos encaminábamos hacia una inevitable extinción, que "permaneceríamos en cuarentena en este planeta" hasta alcanzar el "juicio suficiente".

Entonces, ¿haremos de la Tierra un lugar inhabitable? ¿O lograremos sobrevivir y escapar antes de que nuestra estrella consuma los planetas del sistema solar? Con esto te respondo parte de la siguiente pregunta.

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Sobre mi futuro pienso a diario. Por cuestiones laborales debo planificar, agendar, prevenir, pensar en el tiempo: "planes y fechas sujetas a cambio sin previo aviso es un lema nacional" es un lema nacional. En todo caso, es vital procurarme alimento, salud, tranquilidad, buscar el sustento en quehaceres diversos.

> **"Sin embargo, por muy espesa que sea la ciénaga, no permanezco de brazos cruzados"**

En lo literario, en la medida de lo posible mi prioridad, seguir adelante con las historias en las que he estado trabajando desde 2010, después de la publicación de mis dos cuentarios editados hasta entonces. Entre malabares, le he rasguñado noches al tiempo y después de este proceso de escritura, de pulir cuentos, crónicas, ensayos y teclear puntos finales, el siguiente paso es buscar editoriales, publicar estos libros. Parte de este material se encuentra en la web, revistas o antologías de relatos.

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Ignoro si los *influencers* tengan más relación con *influir* o con *influenza*. Pero ¿de allí a que resquebrajen un orden? ¡¿Democrático?! En este país lo dudo. Pues tal sistema es inexistente. Lo que sí me inquieta es lo que llaman el "algoritmo", esa suerte de oráculo omnipresente en cada actividad que realizas en Internet, y ciertos *influencers* aconsejan cómo engañarlo para, qué sé yo, favorecer tus *posts* y se viralicen. O qué filtro usar para mejorar tu aspecto hasta hacerte irreconocible. ¿Podrá el algoritmo engañarnos? ¿Instalarnos en una realidad incierta, modificada a nuestro antojo, virtual?

Hace meses vi un documental sobre la posibilidad de delegar en una inteligencia artificial e incorruptible la administración pública y que esta decida lo que considere conveniente para el pueblo. ¿Una caterva de *bots* podrá convencerla de tal o cual decisión, derrocarla, o, más pertinente, hackearla?

En cualquier caso, me pregunto sobre cuáles complejos colectivos se encuentran en ebullición. ¿Pasarán de moda los *influencers*? ¿Se aburrirán de ellos? O, al contrario, permanecerán y se reinventarán como gurús, fundarán sectas *mindfulness*, contratarán paquetes de *bots* para captar feligreses. No me extraña que pronto tengamos el primer candidato presidencial con doctorado *influencer*.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento. ´

A bailar (sonrío), aunque ya me falta poco para alcanzar el nivel de Bobby Farrell, del grupo alemán Boney M. A organizar eventos culturales. A mejorar la edición de mis *podcasts* en YouTube. Ya he subido algunos vídeos. Lector, ¡te invito a suscribirte a mi canal, darle *like*, aunque no sea *influencer*! ;)

Soy entusiasta de la astronomía y sigo cada noticia y hallazgo divulgado por medios acreditados. Quiero saber todo lo posible sobre nuestro universo. En este sentido, el conocimiento es inagotable. Dicho interés no se desliga de la literatura. A menudo cito en mis talleres a Pessoa cuando dice que ciencia y poesía tienen en común descifrar los misterios del cosmos.

Quiero saber más sobre el entrelazamiento cuántico, la posibilidad de vida en otros mundos, sobre el océano bajo la superficie de Encélado y los ríos de metano de Titán.

Quiero saber si será posible la construcción de la máquina concebida por el científico Miguel Alcubierre, capaz de viajar más rápido que la luz sin transgredir las leyes físicas.

Hace un tiempo conversé con la físico-teórico Alexandra de Castro, me dijo: "Tenemos miedo a dejar de existir, pero siempre hemos existido y seguiremos existiendo. En forma de átomos, partículas, moléculas, células… Lo que tiene breve aparición es la conciencia, lo que muere es la conciencia. Y tampoco estamos seguros de eso".

Sobre la conciencia también me gustaría saber más.

Estamos lejos de descifrar incontables misterios. Tengo la certeza, y esa es mi fe, de que se llegará al fondo de este asunto. El asunto de la existencia. Afinar los acordes de esa "alucinación sonora" que hoy muchos llaman *Dios*. Y en la ciencia y en las artes tendremos esa certeza que nos una, al fin, como especie y humanidad: la verdad sobre todo lo que existe.

(Continúa en la página 13)

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Oriana Reyes

Oriana Reyes nació en Mérida en 1998. Recibió mención honorífica en el III Concurso Literario "Cuentos por los Derechos Humanos", de PROVEA (2020). Fue premiada con el segundo lugar del VI Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas (2021). Participó en el Diplomado de Reflexión y Creación Poética de La Poeteca. Actualmente escribe su tesis para graduarse como licenciada en Letras por la ULA

ORIANA REYES / ©JONÁS GUTIÉRREZ

N.R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectada, amenazada de algún modo?

La incertidumbre ha sido para mí la afección primera y constante ante los hechos mencionados. Preguntarme frente a eventos de dimensión mundial, con todo el egoísmo que pueda cargar la pregunta: "¿Cómo me afectará esto a mí?" y conseguir que no tengo ninguna respuesta clara… mucho peor si se le suma la pregunta de qué haré para lidiar con aquello que ni siquiera logro precisar.

No puedo saber con exactitud si muchas circunstancias en mi día están sucediendo como consecuencia colateral de la pandemia o del bloqueo de Rusia a todo país que no lo ha secundado en su invasión, o de la debacle económica nacional y mundial, pero sí puedo decir que de esos hechos la incertidumbre es una consecuencia que en mí puedo reconocer plenamente y con la que procuro mediar para avanzar.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

No creo en la fuerza de cambio del castigo ni en buenas intenciones de cambios labrados a la fuerza. Me parece que la ola de rabia es de larga data y que la política del castigo le ha ido ampliando el trayecto, ahora a sus maneras se le suma el linchamiento por redes sociales, pero la bestialidad primigenia seguramente sigue intacta.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Quizás que el malestar general se mantenga, aún y cuando haya estadísticas que apunten que estamos mejor que hace unas décadas, es indicio de que sigue faltando mucho por hacer y que tenemos que seguir trabajando y pensando para generar cambios. Me parece que la necesidad de que las cosas mejoren debe mantenerse siempre, incluso cuando estemos mejor en relación a décadas pasadas, si no, creo que difícilmente pudiesen ocurrir cambios. Reconocer y celebrar lo conseguido es un bien necesario, pero creo que sentirse incómodo con lo que aún no se alcanza es la única forma de moverse y cambiar algo, la cuestión está en que es mucho más placentero celebrar y en que para distraer la incomodidad no hace falta inventar tanto.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

Pienso, por ejemplo, en el internet tal cual como es ahora, en la amplitud de posibilidades que ha supuesto. Pienso también que, como decía antes, el internet ha servido, a su vez, para crear nuevas formas de violencia y para reproducir en el menor tiempo y con el mayor alcance las mismas bestialidades de antaño. Por otro lado, el cambio climático demanda transformaciones en nuestros modos de vida con una rapidez a la que difícilmente podamos seguirle el paso. Con esto lo que quiero decir es que supongo que el mundo atraviesa un proceso importante de cambios en cuanto a nuevas tecnologías y a condiciones naturales se refiere, pero con los mismos problemas humanos de siempre.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia, pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

Creo que, en definitiva, una manera eficaz de pensarnos es husmeando en las historias del pasado. Hay muchas posturas posibles frente al pasado, creo, y él se adhiere a nosotros según la forma en la que decidamos abordarlo. Desde el rencor cargamos con el pasado como si de un parásito se tratara, me parece, pero quizás con algo de ingenio podemos mediar otras relaciones que permitan articularlo a nuestro testimonio presente y no llevarlo a rastras. Una alternativa para articular pasado y presente quizás pueda ser imaginando posibles futuros, porque así nos movemos a buscar otras maneras de hacer las cosas que se distingan del pasado, o que le hagan justicia, o que reproduzcan lo que valga la pena de este.

> "Reconocer y celebrar lo conseguido es un bien necesario"

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre *su* futuro? ¿Por ejemplo?

Pienso en mi futuro, a ratos de forma incómoda, a ratos con el mayor miedo que se puede, a ratos con esperanza. En cualquiera de esos momentos creo que interviene, precisamente, mi perspectiva sobre el pasado y mi control de la incertidumbre por el presente y el futuro. Cuando me entrego a ser chupada por el parásito-pasado, esto es, cuando mi ánimo solo me permite señalarlo como culpable de las dificultades diarias, difícilmente encuentro salidas para avanzar en lo que sea que tenga que hacer, porque espero algo imposible: la absolución de mi presente desde el pasado. El futuro en ese estado se me hace pesado y horrible. También hay días en los que puedo imaginar formas amables en el futuro y lo cotidiano entonces tiene sentido. Creo que las preguntas habituales sobre el futuro para mí son de las más simples: ¿Cómo será? ¿Se parecerá a lo que deseo que sea mi vida?

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Me parece que siempre hemos sentido la necesidad de mostrarnos, que ese afán narcisista está en todos y que, precisamente, mirarnos en un espejo es el gesto más inocente en que se manifiesta ese deseo, porque nos exhibimos a nosotros mismos, por la razón que sea. No juzgo esa necesidad. Me puede inquietar, sí, la manera uniformada de mostrarse a la que puede llevar amoldarnos cabalmente a los formatos de las plataformas creadas con ese fin, pero eso es ya cuestión de gustos. Iba a decir que quizás me gustan formas más discretas de mostrarse, como escribir, pero pensándolo mejor encuentro que en ocasiones un poema puede resultar más exhibicionista, o tener una forma mucho más contundente de mostrar, que cualquier foto publicada en Instagram. Así que creo que en el afán de mostrarse no consigo ningún peligro, en cambio sí lo percibo en las formas monótonas de hacerlo.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Creo que entre las cosas que más me interesan aprender, y por eso decidí estudiar Letras, está todo lo necesario para leer con sentido crítico. Pronto terminaré la carrera y aunque he aprendido mucho creo que apenas empiezo a asomarme a lo que quiero conseguir. También tengo intereses creativos, así que espero seguir dedicando parte de mi tiempo a aprender lo necesario para avanzar en mi escritura. Por otro lado, vivir sin dañar a otros, de la forma que sea, es una búsqueda que me interesa.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

Veo como maestro a todo aquel que me enseña alguna cosa importante o necesaria en mi vida. Encuentro maestras y maestros en mi familia, en la universidad, en mi casa mientras cocinamos, en la calle, en los textos que leo. Con los niños aprendo y me río mucho, quizás son mis maestros favoritos. A todos les agradezco.

Habla Mario Morenza

(Viene de la página 12)

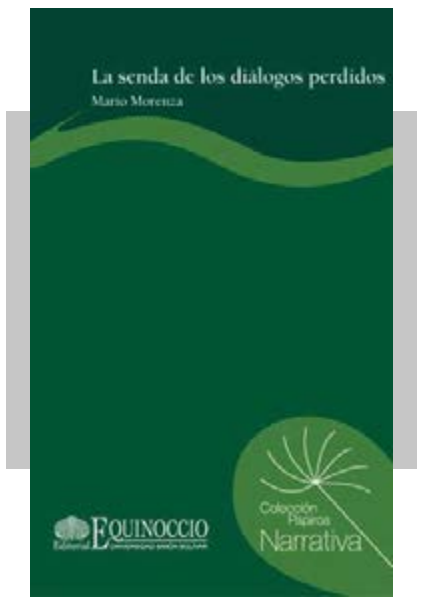
Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

Pienso en un relato de Rómulo Gallegos titulado justamente "El Maestro", aunque el protagonista es un bohemio incorregible. Durante un crepúsculo, El Maestro percibe en el aire que algo se ha trastocado y advierte las "insondables profundidades donde impera el ritmo solemne del universo invisible".

Maestros en distintos tiempos y espacios me han guiado a través de esa profundidad insondable de un "universo invisible".

En el liceo, el profe Wilfredo Macuare. Sus clases de Geografía iban más allá de cartografiar mapas. Nos enseñó la reflexión sobre el país, y que esta no debía limitarse a la prensa o noticieros. Hablo de 1997, 1998. Macuare nos alertó de lo que se podía venir… No se equivocó. Este gimnasio analítico más tarde me serviría para reflexionar sobre algún "pacto bilateral" o "zona en reclamación" en Troya.

Luego, los profes de la escuela de Letras de la UCV: María Fernanda Palacios, Alejandro Oliveros, Luis Felipe Castillo; y desde 2010 y a diario, los profes, compañeros de trabajo y amigos del Instituto de Investigaciones Literarias: María Eugenia Martínez, María del Rosario Jiménez, Carlos Sandoval y Ángel Gustavo Infante, pero, fíjate, con ellos aprendo mucho durante la sobremesa cada mediodía. Es lo que más he disfrutado en la universidad en la etapa como profesor además de mi taller Mares de Narrativa. Allí, en la sobremesa, ha estado el más genuino aprendizaje de los últimos años. Lo humano y lo académico. El arte, la literatura, buen provecho, el país y el café en armónico ritual.



Asimismo, Jaime Ballestas (Otrova Gomas) y Miguel Gomes, quienes no solo ubican los primeros puestos de mi *hit parade* de escritores, también los considero maestros y amigos. A mis catorce leí a Otrova Gomas y decidí ser escritor. A mis veintiocho a Miguel Gomes y sobre sus cuentos escribiría mi tesis de maestría.

En gran medida soy resultado de escuchar a mis maestros. Comunión en progreso de sus voces y enseñanzas. Y el compromiso de continuar ese legado en cualquier tarea que desempeñe: escribir, divulgar, clases, compartir mi mirada del mundo.

SERIE >> MIRADAS SOBRE EL MUNDO

Habla Rosbelis Rodríguez

Rosbelis Rodríguez (Valera, 1995). Tesista de Letras, mención Literatura Hispanoamericana y Venezolana, estudiante de Idiomas Modernos en la ULA. Diplomada en Filosofía Política por la USB. En 2019 ganó el primer lugar del I Concurso de Ensayos "Constelaciones", organizado por el Departamento de Literatura Hispanoamericana y Venezolana de la ULA. Mención honorífica en el VII Concurso de Poesía Joven Rafael Cadenas

ROSBELIS RODRÍGUEZ / ©EDNODIO QUINTERO

N.R.

La pandemia, la debacle económica, la invasión de Rusia a Ucrania, además de otras noticias de repercusión negativa, han oscurecido la perspectiva planetaria. ¿Se ha sentido afectada, amenazada de algún modo?

Hay que vivir debajo de una piedra para no sentirse afectada. De todas esas cosas lo que más me preocupa es la desigualdad que generan. En mi caso, se trata también de cómo esos eventos se cuelan en mi *angulo cum libro*, para decirlo con la expresión de Quignard, de cómo se inmiscuyen en mi lugar de estudio. El otro día le comentaba a un amigo que yo no estaba segura de que la condición indispensable para escribir fuera tener una cierta holgura económica; más bien creo que lo que hay que tener es una cierta disposición mental. Le ponía el ejemplo de Carolina Maria de Jesus, una escritora negra brasileña que trabajaba en los basureros y por las noches escribía su diario, *Cuarto de desechos*, con el cual empezó su carrera literaria. Lo interesante, le decía yo, es que las obras de ella fueron el resultado de una disposición mental, no de que llevara una vida acomodada. Hay que tener la cabeza bien amoblada. Esa es la "salud", por así decir, que la desigualdad, la enfermedad, la guerra, el hambre, la pobreza, la incertidumbre ponen a prueba. No digo que el *angulo cum libro* deba ser impermeable; el ángulo está igualmente repleto de desechos; digo que hay que saber cómo (dis)ponerlos a nuestro favor. Cuando se pierde el 'cómo', la salud mental tambalea, y ya sabemos que esa es la verdadera pandemia.

Una ola de rabia se está expresando en el espacio público, de muchas maneras. Violencias, reacciones políticas, envilecimiento de los discursos. ¿Constituye un peligro la política dictada por el afán de castigo o ella pueda ser una fuerza de cambio no destructivo?

No hay respuesta fácil. Depende de lo que se quiera castigar, cambiar, reivindicar. En asuntos como el abuso sexual y el derecho al aborto, estoy de acuerdo con la toma de tantos espacios como sea posible, porque no es comparable la reparación del daño en el espacio público a la reparación del trauma en el cuerpo de las mujeres. Ahora vayamos a Venezuela. El afán de castigo y la fe ciega en un redentor fueron los polvos que trajeron estos lodos. La fuerza de cambio fue innegablemente destructiva: ahora se iguala a todos por lo bajo y, al mismo tiempo, crece rampante la desigualdad. Son tan evidentes los daños que Mérida se está llenando de lugares "recuperados" por los mismos que los destruyeron, a fuerza de pintarlos con colores estridentes y murales vergonzantes. Como hoy nos gobiernan unos resentidos, está claro que el afán de castigo fue el mayor desacierto político. Una nueva política debería educar a la gente en el reconocimiento de ese tipo de peligros. En este momento, el nuevo chavismo, mimetizándose, busca la conciliación a toda costa. Si se concretara, habrá que preguntarse si la lección habrá valido la pena, si habrá habido siquiera lección. Ese es el nuevo peligro porque va indefectiblemente ligado al olvido y, además, evidenciaría que en todos estos años no se hizo política sino negocios.

Importantes autores que demuestran con estadísticas que las cosas en el mundo están hoy mejor que hace unas décadas. Al mismo tiempo, estamos en presencia de un extendido malestar. ¿Podría comentar estos dos hechos? ¿Contradictorios?

Algunos avances no se pueden negar, como el de la medicina y las comunicaciones. Pero en materia ambiental hay un descalabro que no cesa, de manera que la calidad de vida que se podría conseguir con la tecnología se pone en duda a medida que el mundo se convierte en un peor lugar para vivir. Por otro lado, tenemos que recordar que los grandes estudios estadísticos son pagados por las empresas según sus intereses. Y tener presente la sospecha de Walter Benjamin para con el "progreso": creer que las cosas siguen siempre un curso mejor es pura ideología progresista, ya sea capitalista o comunista. O pensarlo de esta otra forma: si las cosas están "mejor", qué tanto damos de nosotros para que eso sea así. Por ejemplo, somos los portadores de prótesis cerebrales y de comunicación muy útiles a las que llamamos smartphones, pero no tenemos siquiera el derecho a rechazar los términos y condiciones que traen con cada nueva actualización de software.

Se dice: hemos ingresado en un mundo en transición (revolución digital; cultura de las reivindicaciones; cambio climático). ¿Percibe el cambio? ¿Logra verlo o palparlo en el ámbito de su actividad?

Lo percibo cada vez que hablo de ciertos asuntos con mis padres, con algunos profesores. Hay una brecha que nos separa, que tiene que ver con que las creencias y convicciones de mi generación son distintas. Yo, por ejemplo, veo el ejercicio del derecho sobre el propio cuerpo como algo innegociable, pero las generaciones más viejas, los creyentes, no pueden oponer mayor resistencia. Siempre queda hablar de otras cosas o largarse. Yo a veces he decidido largarme como cuando hace muchos años abandoné una iglesia porque ya no podía pensar como ellos pensaban. En cuanto a la revolución digital, ya quisiera que permeara todos los ámbitos por igual, pero no sucede así. Durante la pandemia tomé clases virtuales públicas y privadas, y me di cuenta no solo de que las privadas eran superiores sino de que la formación, la relación estudiante-profesor parecían, cómo decirlo, más sanas, más estables; no sé si había en aquellos profesores mejor pagados menos insatisfacción, pero sí eran menos sus reproches hacia los estudiantes por el hecho de seguir ahí, educando. En la vida diaria, aunque lo digital me facilita la vida (las compras, el transporte, las comunicaciones), es también la distancia que me va separando cada vez más de mi padre, que fomentó en mí la pasión por la literatura, y que pretende que le haga llegar fotos y textos míos, pero está negado por completo a los smartphones porque, en su opinión, embrutecen. No le quito que tenga algo de razón, sin embargo, me deja pensando que hay en él un analfabetismo digital, voluntario, que yo no he podido remediar.

El reclamo de que debemos conocer nuestro pasado para caminar hacia el futuro es cada vez más persistente. ¿Es posible encontrar en la historia, pistas o respuestas para un futuro que, en muchos aspectos, es inédito?

No estoy segura de que estudiar el pasado sirva para conocer el futuro, más bien es de utilidad para saber en qué se sostiene el presente. Lo otro sería profetizar o dar por descontado que la historia es circular, que hay un eterno retorno de lo mismo en ella como lo hay en las estaciones del año. Podemos encontrar, sí, las herramientas para que cuando llegue lo que Benjamin llamó el "momento de peligro" –peligro de convertirse en el ciego y maleable instrumento de la clase dominante–, sepamos identificarlo. En diciembre de 1998 yo estaba a punto de cumplir cuatro años. Acompañé a mi madre a votar por Chávez. En el camino, ella iba dejando bajo las puertas papelitos que había escrito a mano con versículos de la Biblia, en los que animaba a votar por el militar. Hoy estoy segura de que ella, exiliada en México, habría deseado saber en aquel momento, cuando bajábamos del cerro hacia el centro de votación, saber, digo, que se trataba de un "momento de peligro", que nos comportábamos como marionetas.

¿Se plantea preguntas sobre el futuro o sobre su futuro? ¿Por ejemplo?

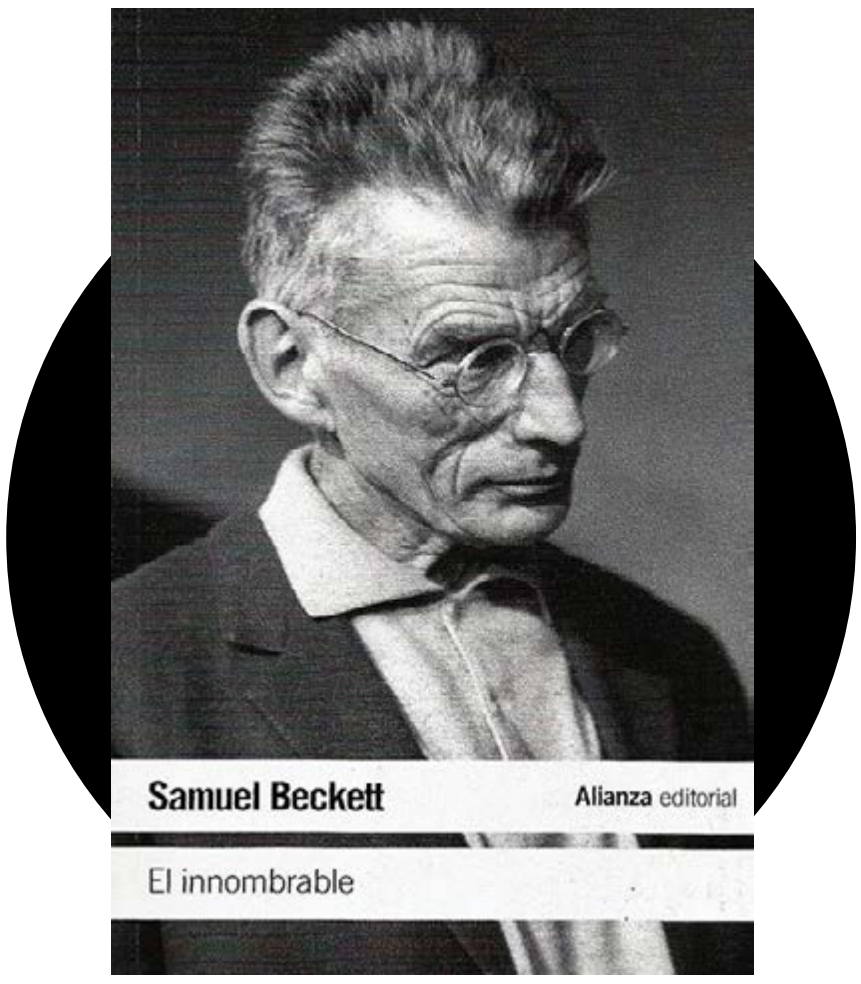
Ay, esta pregunta… El otro día escuché a un padre decir, a propósito de la incertidumbre vocacional de su hijo, que la de los jóvenes es una generación perdida. Coincido. Pero entiendo "perdida" no como sinónimo de "irremediable", sino de "extraviada". Yo, que he visto fracasar las ilusiones que tenía sobre el futuro, que ya no llegué jovencita a unas cuantas cosas, que voy a ver pasar pronto el tren de varias becas, trato de encauzar mi extravío hacia el estudio, como escribí en un texto pequeño y muy personal que se publicó aquí, en el número de las "Palabras perdidas". No hago planes a largo plazo, no tengo agendas, no escribo a final de año metas para el siguiente. El futuro es un abismo sin fondo, como dice Quignard que decía Pierre Nicole, y no me gusta porque no existe. Sin embargo, esa es una postura, se podría decir, bartlebiana: prefiero-no pensar en eso. Y por más inteligente que parezca partir de ahí, en la práctica la pregunta que yo me hago es una pregunta por la libertad: ¿voy a poder yo enseñar en una universidad, y vivir de eso, y aparte escribir a mis anchas sin que me importe la paga o tendré que convertirme en escribiente para los mercaderes de internet, o dedicarme a algo que no tenga nada que ver conmigo? Lo que yo me pregunto es para qué va a quedar mi formación en cuanto esta termine. Ojalá no terminara, pero eso no es tan fácil de garantizar.

Vivimos un tiempo de exhibiciones y exhibicionistas. Todo sirve para *mostrarse*. ¿Le inquieta esta proliferación narcisista? ¿Constituye un peligro para el orden democrático?

Como mujer me choca, porque crea una sobreexigencia y unos estándares respecto del propio cuerpo que una no va a alcanzar nunca. Hay que estar recordándose constantemente quién es una, qué es lo que a una realmente le interesa en medio de tanto espectáculo, impostura, filtros y afán de consumo. Lidiar con eso es el pan de cada día. En el terreno político, el narcicismo amenaza la democracia toda vez que refuerza los valores rancios de una sociedad, como se ha visto en EEUU con su último expresidente y las últimas decisiones del senado. Sobre el narcicismo en el caso venezolano, como no vivimos ni en orden ni en democracia, prefiero no decir nada.

Hábleme de lo que le gustaría aprender. De lo que *todavía no sabe*. De sus aspiraciones espirituales o de conocimiento.

Toda mi vida he sabido dedicarme únicamente a lo que llamo "hacer bien la tarea", o sea alcanzar un récord académico tan sobresaliente como sea posible. Pero sucede que de un tiempo para acá, por mucho que me guste seguir estudiando, ya no me interesa tanto hacer bien la tarea. En una escena clave de la novela *Esta bruma insensata* de Vila-Matas, uno de los personajes dice que escribir ficción es otra forma de pensar. Yo quisiera aprender a pensar *de otra forma*: no sé si en clave de ficción, pero sí tal vez más literariamente, menos académicamente.

Si le digo la palabra *maestro*. ¿En quién piensa? ¿Hay un maestro al que quisiera expresar su reconocimiento? ¿Por qué?

Pienso en Benjamin y en Agamben y en cómo convirtieron a un grupo de mi universidad en una orquesta inteligente que sonó bien durante un tiempo. También pienso en Quignard, mi maestro innegable, al que llegué gracias a Ednodio Quintero. Y en algunos profesores que tuve y a los que admiro a pesar de todo. Creo que maestros y discípulos son compañeros. Me gustaba estar acompañada de unos maestros que eran amigos entre sí, algunos incluso eran amigos míos, y ahora ya no lo son más. Los perdí o ellos se perdieron cada uno a su manera y no volvieron ni siquiera en los momentos de vida o muerte en los que yo esperé que aparecieran. Cuando uno pierde los asideros de los que se agarró para aprender, siempre es tarde: ya dejaron huella. Inútil empeñarse uno en borrarla. Más bien hay que repetirse lo que dice Beckett en *El innombrable*: "hay que seguir, no puedo seguir, voy a seguir".